ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

LA DUCHA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

DON MARIANO PIÑA DOMINGUEZ

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.

1888.

ADICION AL CATALOGO GENERAL DE 1.° DE ABRIL DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	1	¡Abandonada! (monólogo)......	1	D. José Postigo y Acejo......	Todo.
»	»	A deshora de la nit...........	1	Ramón Lladró...........	»
3	2	¡Ay, amor cómo me has puesto!	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
»	»	Baltasara la pollera...........	1	F. Florez García.........	»
»	»	Belén 12 principal............	1	Sres. J y S Alvarez Quintero	»
3	2	Cambiar de cuarto.—j. o. p....	1	D. Manuel Hidalgo....	»
6	2	Contra pereza................	1	Sres Díaz y Escobar y Urbano	»
»	»	Cuidadi o con los hombres ó el merendero de Pepa..........	1	D. Javier de Búrgos..	»
6	2	Detrás del telón—j. o. p.......	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
3	1	Dia de bodas...................	1	Francisco J. Godo.........	»
1	»	Diario original (monólogo).....	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
6	2	El asesinato de Rizzi—d. o. p...	1	R. Fernández Miranda....	»
5	1	El amor vence al orgullo.......	1	Ignacio Morales..........	»
»	»	El doctor Ventura............	1	Luis Valdés..............	»
»	1	El laurel de la reina (monólogo)	1	A. Jeréz Perchet.........	»
»	»	El puñal de la envidia.........	1	J. V. Royo de León......	»
»	»	El seminarista.................	1	Un presbítero............	»
»	»	Entre solteros—c. o. p.........	1	Javier Gaztambide........	»
»	»	Esgrima y amor.......	1	Sres. J. y S. Alvarez Quintero	»
»	»	Fábrica de embustes..........	1	D. Julio de las Cuevas.......	»
2	1	Florin, 50, principal derecha...	1	R. Fernández Miranda....	»
6	4	Junto al cuarto de testigos......	1	Narciso Díaz Escobar.....	»
6	2	La barberia de Paco ó el Congresillo—j o. p...............	1	José Postigo y Acejo......	»
»	»	La berlina azul...............	1	Santiago Gascón..........	»
»	1	La faenera (monólogo).........	1	Ramón A. Urbano........	»
»	1	La primer centinela (monólogo).	1	Ramón A Urbano........	»
»	»	Las tres caidas...............	1	Casimiro Diez...........	»
»	»	León XIII....................	1	Nicolás M.ª Rivero.......	»
»	»	Les festes de un poble.........	1	Eduardo Perlá	»
»	»	Palo de ciego...	1	Baron de Cortes..........	»
»	»	¡Puf!.	1	Ramón Marsal	»
2	1	Todo lo puede el amor—j. o. v .	1	Manuel Hidalgo..........	»
3	2	Un sabater filosofich...........	1	Eduardo Perlá............	»
»	»	Valientes maridos.............	1	Manuel Altolaguirre..	»
»	»	Vengar con sangre una ofensa .	1	Mariano Álvarez	»
7	2	La ducha.....................	2	M. Pina Dominguez......	»
»	»	Capa rota ó amores de un bandolero............	3	Luis Maraver............	»
»	»	El castillo de Monleón.........	3	Cándido R. Pinillos.......	»
»	»	El vencimiento................	3	Luis Abarzuza............	»
»	»	Odette	3	M. Pin Dominguez.......	»
3	2	Sufrir por agena causa........	3	José María Vivanco.......	»
8	7	Los Burgueses de Pontarcy....	5	Luis Valdés..............	»

ZARZUELAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad
»	»	¡A casarse, modistas!..........	1	Sres. A. Clavero y E. Broca...	L. y M.
»	»	¡Al agua patos!................	1	D. Angel Rubio......	M.
14	4c	Al pie de la Giralda...........	1	Manuel Hidalgo..........	L
»	»	Al pozo.	1	Casáñ y T. Fdez. Grajal..	L. y M.
»	»	Á viata de pájaro..............	1	Lucio y Brull...........	M. y 1/2 L.
»	»	Bordeaux	1	D. Joaquín Viaña..........	M.
»	»	Candidez y travesura..........	1	Javier Gaztambide........	M.
»	»	De buenas á primeras	1	Luis L. Mariani..........	M.

LA DUCHA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ

ARREGLADO POR SU MISMO AUTOR

DE LA OBRA EN TRES ACTOS DE IGUAL TÍTULO.

Estrenado en el Teatro de LARA al 20 de Setiembre de 1888.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1888.

REPARTOS.

EN EL TEARO DE LA COMEDIA.

PERSONAJES.		ACTORES.
TERESA	SRAS.	FERNÁNDEZ.
CLARA		MARTINEZ.
UNA MAMÁ		GUERRA.
SU HIJA		GARCÍA.
DON JACINTO	SRES.	MARIO.
ENRIQUE		ROMEA.
GREGORIO		ROSSELL.
NARCISO		ROMEA (D'Elpas).
EL DOCTOR		MARTINEZ.
UN BAÑISTA		BALLESTEROS.
AMBROSIO		ROYO.
CAMARERO		LA HOZ.
UN POLLITO		BUENO.

Bañistas de ambos sexos.

EN EL TEATRO LARA.

TERESA	SRTAS.	RODRIGUEZ.
CLARA		BLANCO.
GREGORIO	SRES.	ROSELL.
DON JACINTO		RUBIO.
ENRIQUE		RUIZ DE ARANA.
NARCISO		TOJEDO.
EL DOCTOR		VALLARINO.
AMBROSIO		RAMIREZ.
CAMARERO		LABORDA.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante: puertas á derecha é izquierda: velador en el centro: chimenea al foro.

ESCENA PRIMERA.

AMBROSIO, luego D. JACINTO.

Aquél duerme tendido en una butaca. Á poco de levantarse el telón aparece por la segunda puerta izquierda D. Jacinto. Asoma primero la cabeza y sale después con cierta timidez.

JACINTO. Yo no sé si seré indiscreto. Muy buenos dias. (Ambrosio ronca.) No hay novedad, gracias. Cuando el criado duerme de tal modo á las ocho de la mañana, prueba evidente de que su amo no ha parecido por casa todavía. Creo que es su costumbre. (Ambrosio ronca.) ¡Qué naturaleza tan robusta! Así roncaba yo cuando cobraba del presupuesto. Pero desde que estoy cesante duermo sin ruído. (Se acerca á Ambrosio y le toca en el hombro.) ¡Eh! ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!

AMB. ¡Señorito!

JACINTO. ¡Soy yo!

AMB. ¡Ah! ¿Es usted?

JACINTO. Acabo de entrar. Dispense usted que le interrumpa.

AMB. ¿Cómo que me interrumpa?

JACINTO. Sí. Estaba usted tocando una sinfonía á toda orquesta. Já, já, já. Pero eso es muy saludable. Yo roncaba antes también. Cuando era escribiente en la secretaría de Gobernación. Ahora no duermo nunca.

AMB. Lo mismo me pasa á mí.

JACINTO. Ya lo veo.

AMB. Como tengo que aguardar al señorito todas las noches, y se recoge casi siempre con las gallinas, estoy falto de sueño.

JACINTO. ¿Ha venido ya?

AMB. ¿Quién?

JACINTO. Don Enrique.

AMB. No, señor. Digo, como no haya entrado sin despertarme. Voy á ver. (Mira al cuarto primero de la derecha.) ¡Quiá! ¡Ni rastro! ¿Qué hora tiene usted?

JACINTO. La que tenemos todos. Las ocho y media.

AMB. ¿Eh? ¿Qué tal? ¡Ese hombre me va á quitar la vida!

JACINTO. Si se decide usted á roncar como hoy, la tiene usted asegurada por muchos años.

AMB. ¿Dónde estará? ¿Qué hace á las ocho de la mañana?

JACINTO. La verdad es, que pueden hacerse muchas cosas á esta hora.

AMB. (Ofrece un puro á Jacinto. Le coge de una cigarrera que habrá sobre el velador.) ¿Fuma usted?

JACINTO. De este modo siempre.

AMB. Siéntese usted. Tomaremos una copita de jeréz con bizcochos.

JACINTO. Le advierto á usted que no me gusta.

AMB. ¿No le gusta á usted el jeréz?

JACINTO. ¡No! Que no me gusta molestar.

AMB. ¡Ah! (Coge de la chimenea una bandeja con el servicio y la coloca sobre el velador.)

JACINTO. Por lo demás, crea usted, que es muy higiénico semejante desayuno.

AMB. ¡Esto es de primera! (Sirviéndole.) Pruebe usted.

JACINTO. ¿Á ver? (Bebe.) ¿Dónde lo compra usted?

AMB. Se lo envían á mi amo.

JACINTO. Entonces á usted le sale muy barato.

AMB. ¿Quiere usted otra?

JACINTO. Hombre, á ese precio no tengo inconveniente.

AMB. ¿Si no fuese por estos tragos, que sería del pobre Ambrosio?

JACINTO. La verdad es, que un ayuda de cámara de la posición de usted, vive como un príncipe. Si no hubiese yo cursado la carrera de leyes, en vez de pretender un destino en Gobernación, pretendería una plaza de ayuda de cámara con jeréz y bizcochos.

AMB. Crea usted que se vive mal.

JACINTO. Pero se bebe bien.

AMB. Y eso que mi amo es muy bueno y amable. ¡Calavera! ¡Uf! Trasnochador. ¡Uf! ¿Y jugador?...

JACINTO. ¡Uf! Pero con bizcochos muy tiernos.

AMB. Á qué altura se encuentran sus pretensiones de usted?

JACINTO. Ni suben ni bajan. Don Enrique me está prometiendo todos los días hablar con el ministro. Mi aspiración es modestísima. Cuatro mil reales de sueldo...

AMB. ¿Nada más? Yo gano el doble.

JACINTO. Bueno. Pero usted no es abogado, y esa ventaja no la tenemos todos. Cuatro mil reales en Gobernación. Don Enrique puede hacerlo.

AMB. No le deje usted de la mano.

JACINTO, Ya lo ve usted. Á las ocho de la mañana ya estoy aquí. Vuelvo treinta veces al día, y nada me arredra.

AMB. ¡Chist! ¡Ahí viene! (Campanilla dentro.)

JACINTO. Aguarde usted un momento. (Se sirve otra copa y bebe. Ambrosio coloca la bandeja sobre la chimenea.)

AMB. ¡Vamos! ¡Pronto!

JACINTO. Esta ha sido á su salud de usted. Me gusta cumplir con todo el mundo.

ESCENA II.

DICHOS, ENRIQUE por la segunda puerta de la izqnierda.

ENR. ¡Ambrosio!

AMB. ¡Señorito!

ENR ¿Ha venido alguien á buscarme?

AMB. Nadie, señorito.

JACINTO. (Que se ha quedado al foro.) Permítame usted. He venido yo.

ENR. ¿Hombre, otra vez?

JACINTO. No. Esta es hoy la primera. Á las ocho. Soy un reloj.

ENR. ¿Quiere usted hacerme el favor de dejarme en paz.

JACINTO. Pero si lo tiene usted en su mano. Dos palabras al ministro. Mis cuatro mil realitos, y no vuelvo más por aquí.

ENR. Pretendientes pesados he conocido; pero como usted ninguno.

JACINTO. Eso consiste en el tiempo que llevo. Yo era tímido.

ENR. ¿Tímido?

JACINTO. Incapaz de molestar á nadie, sí, señor; pero el apetito cambia el carácter. Y le juro á usted que desde hace seis meses me comería á cualquiera.

ENR. Ya le he dicho á usted que tenga paciencia; que hablaré por usted. Que tendrá usted su plaza. ¿Quiere usted más?

JACINTO. Sí, señor.

ENR. ¿Qué quiere usted?

JACINTO. Tenerla.

ENR. ¡Y dale!

JACINTO. Le advierto á usted que sirvo para todo. En Hacienda, en Ultramar, en Guerra, en cualquier parte.

ENR. Bueno. Vaya usted con Dios.

JACINTO. Oiga usted. Y para una administración particular me pinto solo.

ENR. ¡Corriente!

JACINTO. También doy lecciones de solfeo... Hombre, tendría

mucho gusto en solfearle á usted.

ENR. ¡Ya no hay paciencia!

JACINTO. Me marcho. No me olvide usted, por las once mil Vírgenes.

ENR. ¿Olvidarle? ¡Si sueño con usted!

JACINTO. ¿De veras? ¡Eso me conmueve! Adios, don Enrique. Considere usted que soy un pobre diablo, sin más protección que la de usted. Yo era tímido... La cesantía transforma á los hombres. Buenos días. Adios. No olvide usted que sirvo para todo. (Vase.)

ESCENA III.

ENRIQUE y AMBROSIO.

ENR. ¡Já, jà, já! ¡Verdaderamente es un infeliz!

AMB. ¿Desea usted algo, señorito?

ENR. No. Retírate. ¡Ah! Escucha. Si se presenta un caballero preguntando por mí, que pase enseguida.

AMB. Está bien. (Vase.)

ESCENA IV.

ENRIQUE, se sienta, saca una carta y lee.

«Mi querido sobrino: mañana llegaré á Madrid en el »tren correo. Tenemos que hablar. Como mi estancia »en esa será de algunas horas, te suplico que no me »prepares habitación. Comeremos juntos en la fonda. »Tu tío que tanto te quiere, Gregorio.» Desde ayer esta carta es mi pesadilla. «Como mi estancia en esa »será de algunas horas...» Esto es lo único que me tranquiliza. Y sin embargo, tan inesperado viaje podría trastornar todos mis planes. Si llega á enterarse mi tío por un azar cualquiera de... ¡Oh! ¡Sería horrible! Adios mi porvenir y mi presente. Por supuesto que yo no sé cómo diablo arreglar este asunto. He cometido una gran calaverada... Pero en fin: á lo hecho

pecho. Mi tío me quiere mucho, y no será difícil alcanzar su perdón.

ESCENA V.

ENRIQUE, AMBROSIO, luego GREGORIO.

AMB. Señorito. Un caballero...

ENR. ¡Que pase! ¡Mi tío debe ser!

GREG. ¡Hola, hola! ¿desde cuándo los sobrinos obligan á hacer antesala á los tíos?

ENR. ¡Tío de mi vida!...

GREG ¡Aprieta, pillastre! ¿Recibirías mi carta, eh?

ENR. Si, señor. Y no puede usted figurarse la alegría que me produjo.

GREG. Naturalmente.

ENR. ¿Querrá usted tomar algo, verdad?

GREG. No, no quiero nada. Pero chico, chico, qué lujo! ¡Estos muebles son nuevos!

ENR. Ya le escribí á usted que los compré por una ganga.

GREG. ¡Ah! Esta fué la ganga que me costó quince mil reales. Já, já, já.

ENR. ¡Fueron de valde, tío!

GREG. Para tí. No lo niego.

ENR. ¡Y qué quiere usted! Necesito dar lustre á nuestro apellido.

GREG. Es verdad. Pero usas un betun muy caro. En fin, ya sabes que no soy tacaño. Te trato como si fueras mi hijo, y no quiero que por ningún concepto carezcas de nada. Vamos á ver. Me han dicho que has perdido este mes todo un capital.

ENR. ¿Quién ha dicho eso?

GREG. ¡Ah! Te figuras que en Ávila no sabemos lo que pasa en la córte? Pues ten en cuenta que lo sé todo.

ENR. (¡Demonio!) ¿Todo?

GREG. Sí, señor. Que trasnochas, que juegas, que haces la vida del calavera. ¡Es claro! El bolsillo del tío no tiene fondo.

ENR. ¡Bah! ¿Si no sabe usted más que eso?

GREG. ¿Falta algo todavía?

ENR. No, señor, no... (¡Respiro!)

GREG. Prueba al canto. Debes treinta mil reales.

ENR. ¡Calumnia!

GREG. ¿Calumnia?

ENR. ¡Calumnia infame! Son sesenta, tío.

GREG. ¿Sesenta reales? Eso no es nada.

ENR. Sesenta mil. ¿Vé usted cómo se miente en Ávila?

GREG. ¡Tres mil duros de extraordinario, en un mes!

ENR. Y qué son tres mil duros para el inagotable cariño de un tío rico?

GREG. Á este paso me vas á convertir pronto en tío pobre.

ENR. En cambio tiene usted el orgullo de decir: mi sobrino es un modelo de elegancia, de buen gusto, de alto tono. Mi sobrino se distingue en Madrid, cosa difícil donde hay tantos jóvenes ilustres. Mi sobrino...

GREG. ¡Mi sobrino es un tunante! Eso es lo que digo todos los días.

ENR. Bueno, bueno. Tiraré de la cuerda. Está decidido.

GREG. ¡No! No te sacrifiques.—Gasta... con moderación, pero gasta. ¡Si casi todo lo mío tiene que ser tuyo! Tú y mi sobrina sois los únicos herederos... Desde que me quedé viudo y perdí á mi adorado hijo, vosotros constituis mi alegría y mi ventura. Y apropósito: no me has preguntado por Clara.

ENR. ¿Cómo está?

GREG. Cada día más guapa. ¡Un ángel! No la reconocerás cuando la veas.

ENR. Ya lo creo. Nos separamos siendo niños.

GREG. ¡Justo! Y ha llegado el momento de que volvais á uniros siendo mayores.

ENR. ¿Eh?

GREG. Amado sobrino, ya sabes que soy hombre franco y sin retóricas.

ENR. ¿Y qué?

GREG. Que no me gusta divagar. Hoy cumple tu prima vein-

te años. Ya es preciso casarla, y vengo á Madrid por el novio.

ENR. ¡Calle! ¿Será posible?

GREG. Su retrato. (Dándole uno.)

ENR. ¿El del novio?

GREG. No, el de mi sobrina. ¿Qué te parece?

ENR. Encantadora.

GREG. Me alegro.

ENR. Á ver el del futuro.

GREG. ¿El futuro?

ENR. ¿No se ha retratado también?

GREG. ¿El futuro? ¡El futuro eres tú!

ENR. ¿Yo?

GREG. Tú: si, señor, y muy guapo por cierto.

ENR. (¡Esta sí que es buena!) ¡Pero tío!... Casarme con una mujer á quien no conozco!

GREG. Es encantadora.—¡Ah! Y te la garantizo!

ENR. Imposible.

GREG. Juzgas imposible un plan que vengo acariciando desde hace quince años?

ENR. ¡Eso es una locura!

GREG. Escucha. Todo está pensado. Mi sobrina y yo partimos para los baños. En esta época todo el mundo necesita tomar aguas. Nos acompañará mi escribiente. Un chico muy juicioso y aplicado. En el viaje me servirá de secretario, encargándose de facturar, de comprar los billetes, etc.—A mí me fastidia mucho todo eso. Por lo mismo me llevo á Narciso que nos servirá como nadie. Á mi regreso también pienso casarle.

ENR. ¿Al escribiente también?

GREG. ¡Si! Me intereso mucho por él. Aun no le he hablado de la novia que le destino. Lo sabrá cuando todo esté corriente. Es mi sistema.

ENR. (¡Muy bonito!)

GREG. Pues bien: tú nos acompañas. Pasas un mes al lado de tu prima...

ENR. ¡Pero tío!

GREG. Aguarda. Yo no quiero en último caso sacrificarte. Si al cabo de un mes no vienes á pedirme loco de amor la mano de tu prima, eres libre. Ya ves si estaré seguro de tu derrota.

ENR. ¿Y si me negase en absoluto á practicar la prueba?

GREG. Entónces se acabó la pensión, y el pagar las deudas y la herencia del tío. Allá te las compongas.

ENR. Pero...

GREG. Lo dicho. No me gustan retóricas. Mientras evacuo algunos encargos para mis amigos de Ávila, puedes reflexionar. Ó venirte con nosotros, ó quedarte sin tío. Yo soy así. Decídete; dentro de poco volveré á saber tu *uttimatun*. (Vase.)

ESCENA VI.

ENRIQUE.

ENR. ¡Se cayó la càsa! ¡Este sí que es un compromiso gordo! ¡Malhaya la idea de semejante unión!... ¡Y cómo le digo ahora lo que pensaba! ¡Imposible! ¡Oh! ¡Siento deseos de romperlo todo: de matar á cualquiera! (Tira contra la segunda puerta de la izquierda un jarrón, á tiempo que entra D. Jacinto.)

ESCENA VII.

DICHO y D. JACINTO.

JACINTO. No se moleste usted. Yo recogeré los pedazos.

ENR. ¡No me faltaba más que esto!

JACINTO. Se me había olvidado decir á usted hace poco, que he oído hablar de crísis. Convendría no perder tiempo.

ENR. De crísis, ¿eh?

JACINTO. Sí. Dicen que la cosa anda mal.

ENR. ¡Y tan mal como anda!

JACINTO. ¡Dios mío!

ENR. ¡Para usted, sobre todo!

JACINTO. ¿Para mí?

ENR. Si no toma usted enseguida la puerta, no respondo de lo que puede suceder.

JACINTO. ¿Qué puerta?

ENR. ¡La de la calle! ¡Y no vuelva usted nunca! ¿No vé usted que estoy furioso? ¡No lo ve usted, hombre de Dios!

JACINTO. ¿Le han dejado á usted también cesánte?

ENR. ¡Vive Cristo!

JACINTO. Dispense usted. No se enfade usted tanto. Me retiro enseguida.

ENR. Parece imposible que no haga en usted mella nada de esto.

JACINTO. ¡Quiá! ¡No vé usted que los cesantes como yo tenemos los dientes muy afilados!...

ENR. ¡Don Jacinto! ¡Don Jacinto!...

JACINTO. Ya me voy. No olvide usted que sirvo para todo.

ESCENA VIII.

ENRIQUE, luego AMBROSIO y TERESA.

ENR. ¡Los pretendientes pasados son peores que la langosta! (Mirando el retrato que aun tiene en la mano.) ¡Y es muy guapa mi prima! Ojos expresivos. ¡Hermosos cabellos! ¡Boquita risueña!... ¡Pero señor, si no puede ser!... Si ya es irrealizable el pensamiento!

AMB. Señorito. Una joven preciosa y muy elegante, pregunta por usted.

ENR. ¿Una joven?

AMB. Preciosa.

ENR. Que pase. (¿Quién diablo será?)

TERESA. ¿Se puede?

ENR. ¿Teresa? (Á Ambrosio.) Márchate. ¡Teresa mía!

ESCENA IX.

ENRIQUE y TERESA.

TERESA. ¿No me esperabas? ¡Ya lo sabía yo! Apenas saliste de casa, se me ocurrió venir á sorprenderte. ¡Oh! las sorpresas me seducen. Y además, desde hace ocho días tengo derecho para penetrar aquí. Bien puede la legítima esposa visitar por primera y única vez el antiguo cuarto de soltero de su marido.

ENR. ¡Oh! ¡Teresa adorada!

TERESA. Quería conocer la mansión donde mi nombre ha debido ser pronunciado por tí en las tranquilas horas de retiro; la pluma misteriosa que ha impreso en tus apasionadas cartas aquellos tiernos párrafos tan llenos de elocuencia como de amor. Si hice bien, continúa mirándome de ese modo. Si hice mal, perdona á tu esposa este nécio capricho.

ENR. Te juro, amada mía, que la sorpresa ha sido tan inesperada como agradable.

TERESA. ¿De veras?

ENR. ¡Cuando yo te lo juro!

TERESA. Además, quería despedirme contigo de todos estos muebles, porque según me has dicho, piensas venderlos, toda vez que desde mañana nos iremos á habitar nuestra bella casita. ¿No es así?

ENR. ¡Y tanto!

TERESA. ¡Qué bueno eres! Por supuesto que ya sabes lo convenido. Misterio absoluto por ahora. Eso me exigiste al verificarse nuestro secreto matrimonio, y tanto mi tía como yo... es decir, la familia en masa, nos comprometimos á obedecerte ciegamente. No temas nada. Reflexiona á tus anchas la manera de revelárselo todo á tu tío.

ENR. ¿Mi tío?

TERESA. Dile: Amadísimo tío; soy culpable de una ligereza. Me

enamoré de una pobre muchacha que tuvo la debilidad de corresponderme.

ENR. ¿Cómo la debilidad?

TERESA. ¡No! Esto es para tu tío.

ENR. ¡Ah!

TERESA. Al cabo de seis meses, nos unimos secretamente, aun cuando ella se opuso con gran tenacidad.

ENR. ¿Que tú te opusiste?

TERESA. Para tu tío, hombre, para tu tío.

ENR. Bueno, bueno.

TERESA. Mi esposa es pobre, pero honrada. En su bendición de usted está su dicha, la mía, y la de su tía. Creo que con un discurso así, nos absuelve en el acto.

ENR. Pues mira, dentro de poco puedes pronunciarlo, porque lo tendrás aquí.

TERESA. Á quién.

ENR. Á mi tío.

TERESA. ¿Eh? ¿Tu tío en Madrid?

ENR. Nada te dije ayer de esta carta, que solo me anunciaba una visita, presagiando sin embargo, la más horrible desgracia. (Le da la carta que Teresa lee.)

TERESA. ¿Y qué? Explícate.

ENR. Mi tío quiere casarme.

TERRSA. ¿Otra vez?

ENR. Para mi tío sería la primera.

TERESA. ¡Pero para mí sería la segunda! Eso no puede ser.

ENR. Naturalmente que no puede ser.

TERESA. Continúa.

ENR. Quiere casarme con mi prima, que ayer cumplió veinte años.

TERESA. ¡Hombre, qué gracia de niña!

ENR. Y he aquí lo que me propone. Pasado mañana salen de Ávila para los baños. Una excursión de recreo que durará treinta días. Yo debo acompañarles.

TERESA. Eso nunca, de ningún modo.

ENR. ¡Chist! Ten paciencia. Yo debo acompañarles. Pero si al cabo de ese terrible mes no me enamoro de Clara.

soy libre.

TERESA. ¿Y si no les acompañas?

ENR. ¡Me deshereda, me abandona, no paga mis deudas... en una palabra, adios nuestro porvenir y nuestras esperanzas!...

TERESA. ¡Dios mío!

ENR. ¿Puede darse mayor desventura?

TERESA. Todo; lo entiendes, Enrique, todo, menos partir con ellos.

ENR. ¡Calma! ¡Calma!

TERESA. ¿Calma? ¿Es decir que serías capaz de abandonarme, de marcharte con tu prima que todo se volverá dengues y monadas, para que te enamores de ella?

ENR. ¿Dudas de mí?

TERESA. Si yo la conociese... si tuviera algun indicio para...

ENR. Mira, mira su retrato.

TERESA. ¡Ah! ¿Poseías su retrato?

ENR. Acaba de dármelo mi tío.

TERESA. (Después de mirarlo y devolviéndoselo.) ¡No vas!.. Lo dicho.

ENR. Pues ese es mi único deseo. Pero meditemos las consecuencias.

TERESA. Si me amas, hoy mismo debes confesar á tu tío la verdad.

ENR. ¡Justo! Para que se vuelva irritado contra mí. Para que lleve á efecto su amenaza. El que tales esperanzas abriga... No tendría piedad. Le conozco.

TERESA. Entonces...

ENR. Por el contrario, dentro de un mes, cuando se convenza de que mi corazón permanece frio, indiferente para mi prima, me devolverá su palabra, y el perdon vendrá á coronar nuestro triunfo. Sólo que para eso...

TERESA. Es necesario el viaje.

ENR. No hay otro remedio.

TERESA. ¡Ah! ¡Nos hemos salvado! Una gran idea. Yo iré contigo.

ENR. ¿Tú? ¡Bonito modo de arreglar el asunto! Es la única manera de que mi tío no sospeche nada, verdad?

TERESA. Pues pensemos otro medio.
ENR. Pensemos.
TERESA. ¡Ah!
ENR. Díme.
TERESA. No vamos ninguno.
ENR. ¡Vaya una salida!
TERESA. ¿Tampoco? Corriente. Decide lo que gustes, excepto hacer el viaje solo.
ENR. ¡Si tuvieses alguna persona de confianza que te acompañara!
TERESA. No conozco á nadie.
ENR. El pensar en tu tía es una locura.
TERESA. ¡Bah! ¡Una pobre anciana qne apenas puede moverse!
ENR. ¡Demonio, demonio!
TRRESA. Te advierto que me atrevo á todo... á todo menos á separarme de tí.
ENR. ¡Egoista! (Le da un abrazo. Aparece D. Jacinto y al verlos se esconde.)
TERESA. ¿Eh? ¿No has oído?
ENR. En efecto. (Llamando.) ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!

ESCENA X.

DICHOS y AMBROSIO.

AMB. ¿Llamaba usted?
ENR. ¿Ha entrado alguien en casa?
AMB. No, señor. Es don Jacinto, que espera en la antesala.
ENR. ¡Pero Dios mío, ese hombre es un grano!
JACINTO. (Asomando la cabeza.) Volveré. No me gusta molestar. Hay momentos críticos, ya lo sé.
ENR. (¡Ah, qué idea!) Aguarde usted un poco.
JACINTO. Me alegro. (Desaparece.)
ENR. Encontré lo que buscábamos.
TERESA. ¿Eh?
ENR. ¿Me has dicho que te atreves á todo?
TERESA. Ménos á que te marches y me abandones.

ENR. Retírate un instante.

TERESA. ¿Pero no me explicarás?...

ENR. Luégo. Déjame ahora. Sin duda me ha iluminado el cielo.

TERESA. Que no tardes. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ENR. Dí á don Jacinto que le espero. (Vase Ambrosio.)

ESCENA XI.

ENRIQUE, D. JACINTO sale corriendo.

JACINTO. Dispense usted si le hice aguardar mucho. Ambrosio acaba de decirme que me esperaba usted, y he corrido anhelante... Supongo que lo de la crísis sería falso. Hay gentes que se complacen en fastidiarle á uno... Veo por su risueño semblante que va usted á comunicarme alguna buena noticia. Puede usted hablar, porque ya estoy preparado.

ENR. Mi querido señor don Jacinto, hágame usted el obsequio de tomar una silla.

JACINTO. (La toma.) Ya está.

ENR. Siéntese usted.

JACINTO. ¡Ah! Gracias. (Se sienta.)

ENR. ¿Le gusta á usted el jeréz? (Acercando la bandeja.)

JACINTO. ¿Es la misma? ¡Si! (Mirando la botella.)

ENR. ¿Eh?

JACINTO. ¡Que sí! Es mi vino predilecto.

ENR. Pues vá usted á probar este y á darme su opinión.

JACINTO. (Podia dársela desde luego.) (Bebe.) Añejo, del año mil ochocientos setenta á setenta y uno.

ENR. Veo que tiene usted un gran paladar.

JACINTO. Pues mire usted, es extraño, porque hace mucho tiempo le he perdido.

ENR. Sírvase usted otra.

JACINTO. Gracias.

ENR. Sin cumplidos.

JACINTO. (Sin cumplidos voy á pillar la gran pítima del siglo.)

(Bebe.)

ENR. Y ahora coteste usted á esta pregunta: ¿es usted casado, viudo ó soltero?

JACINTO. ¡Bah! ¿Y para eso me convida usted á jeréz? Eso lo contesto yo en seco.

ENR. Hable usted.

JACINTO. Soy soltero.

ENR. ¡Ah! Eso me satisface.

JACINTO. Y á mí también; créalo usted.

ENR. ¿Tiene usted parientes?

JACINTO. Soy solo en el mundo.

ENR. ¡Magnífico! Usted es el hombre que me conviene.

JACINTO. ¿Para qué?

ENR. Vamos á ver. ¿Le gusta á usted viajar?

JACINTO. Segun. Hace años que viajo por el país de la cesantía, y me carga.

ENR. No, no. Viajar en ferro-carril. En coche de primera. Tendido á la larga en un compartimiento reservado.

JACINTO. ¡Ya lo creo! Eso debe saber á gloria.

ENR. ¿Le gustaría á usted ocupar una magnífica fonda, comer como un príncipe, pasear en carretela, vestir con elegancia y ganar en treinta días cuatro mil reales?

JACINTO. (Lo que estoy oyendo debe ser el vino que se me ha subido á la cabeza.)

ENR. Conteste usted.

JACINTO. Hay cosas que no tienen contestación.

ENR. Entonces...

JACINTO. Pero diga usted. ¿Qué clase de trabajo trae consigo el destino ese? Porque supongo que además de viajar, comer y vestir, tendré que dedicarme á algo.

ENR. Sí, señor. Se dedicará usted á pasar por padre de una encantadora joven.

JACINTO. No puedo. Si soy soltero..

ENR. Por eso no digo á ser padre, si no á pasar por...

JACINTO. ¡Ah! Comprendo. Un padre... que no es padre... aunque parezca padre.

ENR. Eso es. Usted vivirá en mi mismo hotel, y su cuarto

de ustéd estará cercano al mío. Como vecinos, nos visitaremos muy á menudo...

JACINTO. ¡Es claro!

ENR. Saldremos juntos...

JACINTO. ¡Es claro!

ENR. Comeremos juntos.

JACINTO. ¡Es claro!

ENR. Y...

JACINTO. ¡Nada! Está claro...

ENR. ¿Conque acepta usted?

JACINTO. Señor don Enrique: (Levantándose.) deploro en el alma no poder aceptar el honroso puesto que me confiere. Yo me atrevo á todo, pero un abogado no debe atreverse á ciertas cosas.

ENR. ¡Venga esa mano! Ya veo que es usted hombre de honor.

JACINTO. Es el único ahorro que he conservado desde tiempo inmemorial.

ENR. Tranquilícese usted. El papel que le ruego represente no es tan despreciable. Aquí no se trata de ninguna bajeza. Se trata de sacarme de un compromiso; de salvar quizá mi porvenir.

JACINTO. ¿Qué dice usted?

ENR. La mujer de quien pretendo que sea usted padre *in nomine*, es mi legítima esposa.

JACINTO. ¿Su esposa de usted?...

ENR. Sí, señor.

JACINTO. ¡Acabáramos!

ENR. Ya le explicaré á usted el motivo de semejante extravagancia; pero una vez que le aclaro el concepto, ¿se negará usted todavía á prestarme un servicio del cual depende nuestra futura dicha?

JACINTO. ¡Qué me he de negar, hombre! ¡De ese modo paso yo hasta por abuelo!...

ENR. ¡Oh! ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

JACINTO. Poco á poco. Ante todo, quisiera conocer á mi hija. Usted comprenderá que un pacto así, no debe cerrar-

se á ciegas.

ENR. Nada más fácil. Voy á presentársela á usted.

JACINTO. ¿Está aquí?

ENR. En aquel cuarto.

JACINTO. Dígala usted que la aguardo con cierta emoción.

ENR. Vuelvo enseguida. (Vase.)

ESCENA XII.

D. JACINTO.

¡Comer como un príncipe, viajar en primera, y guardarse en treinta días el sueldo de un año! Con estas condiciones, no digo pasar por padre de su mujer. Por padre de toda la familia paso yo.

ESCENA XIII.

DICHO, ENRIQUE y TERESA.

TERESA. ¡El plan es soberbio! ¿Pero podremos fiarnos?...

ENR. No temas. Es tan honrado como bonachón. Señor don Jacinto: tengo el honor de presentar á usted á su encantadora hija.

JACINTO. Señora, crea usted positivamente que me encuentro en este instante un poco turbado. Yo no sé si efecto de la impresión de esta inesperada escena ó del vino que acabo de beber.

TERESA. Eso se comprende, caballero. La primera entrevista siempre es violenta.

JACINTO. Pero esto pasará. Estoy seguro.

ENR. ¿Qué tal?

JACINTO. ¡Divina!

ENR. ¿De veras?

JACINTO. Y yo, ¿cómo le parezco?

ENR. Muy aceptable. Me lo dijo al salir.

JACINTO. Lo único que convendría saber es si se avendrán

nuestros caractéres.

TERESA. ¡Oh! ¡No tema usted nada! ¡Yo seré un ángel!...

JACINTO. (Es un gusto encontrarse de pronto con una chiquilla tan crecida.)

TERESA. Tengo un carácter dulce, conciliador, alegre... Y usted. ¿Es usted alegre también?

JACINTO. ¡Yo me río por cualquier cosa!

TERESA. Entonces, nuestra vida será un paraíso.

JACINTO. ¡Verá usted qué vida nos pasamos!

TERESA. Y además... oiga usted. (Llevándolo aparte.)

JACINTO. Hable usted con franqueza.

TERESA. Su acción meritoria... (Á Enrique que se acerca.) Apártate. Esto no va contigo.

JACINTO. Apártese usted. Esto va conmigo. (Ya empiezo á ser padre de veras.)

TERESA. Su acción meritoria salvará del más negro infortunio á dos personas que se aman con delirio. El cielo premiará algún día, señor don Jacinto, el sacrificio que se dispone usted á cumplir.

JACINTO. ¿Sacrificio? ¡Señora! En comiendo yo bien, ¿quién piensa en eso? Digo, ¡en cumpliendo yo bien!...

TERESA. En cambio, yo le prometo á usted recompensarle dignamente dentro de un mes.

JACINTO. Voy á darle á usted una nota de mis méritos y servicios. (Sacándola.) Cesante desde la revolución. Buenos informes...

ENR. La conozco. Tengo veintitres iguales.

JACINTO. Nunca está de más. Pueden perderse.

TERESA. Venga, venga. Desde ahora, su reposición de usted corre de mi cuenta.

JACINTO. ¡Ah, señora! Digo, no. ¡Ah, hija mía! Tampoco. ¡Ah, hija de su padre!

GREG. (Dentro.) ¡Enrique! ¡Enrique!

ENR. ¡La voz de mi tío! ¡Pronto! Esconderse allí.

JACINTO. ¿Danza un tío también en esto?

ENR. No salga usted, hasta que yo le avise.

JACINTO. ¿Quiere usted que pase también por padre de su tío?

ENR. ¡Hombre!
JACINTO. ¡No! Es que como usted se empeñe, paso también.
TERESA. Entremos y acabará usted de saber la historia.
JACINTO. Guárdese usted la notita, no se extravie. (Vánse.)

ESCENA XIV.

ENRIQUE y GREGORIO.

GREG. ¡Ea! ¡Ya estoy de vuelta! ¿Lo has decidido?
ENR. Adorado tío: he pensado maduramente en las proposiciones de usted y debo confesarle una cosa.
GREG. Habla.
ENR. (Pues señor, adelante con los faroles.) Que como estoy convencido de lo mucho que debo á usted, y... á otros, me marcho con ustedes, cumpliendo su santísima voluntad.
GREG. ¡Ah, pillastre!... ¡Venga un abrazo! ¡Ya sabía yo que se ablandaría tu corazón! Que no serías capaz de causarme tamaño disgusto. Mira, me estaba ahogando la pena. Vamos á ver. ¿Necesitas dinero? Los tres mil duros aquellos se pagarán. Aquí tienes esta friolera. (Dándole billetos.) ¡Ancha Castilla! No te apures mientras viva tu tío
ENR. Por supuesto, quedamos en que si dentro de un mes no pido á usted la mano de mi prima, soy libre.
GREG. Ese es el trato.
ENR. ¡Hasta para casarme con otra!
GREG. ¡Hasta para eso!
ENR. ¿Cuándo es la marcha?
GREG. Pasado mañana salimos de Ávila.
ENR. Corriente. Yo saldré de aquí el mismo día y nos reuniremos en los baños.
GREG. Acompáñame ahora.
ENR. ¿Ahora?
GREG. Almorzaremos juntos.

ENR. Vaya usted delante. Escoja usted platos en Fornos. Pregunte usted por Luis. Es un camarero que conoce mis gustos.

GAEG. Bueno, bueno. No quiero molestarte. En Fornos. Un camarero que se llama Gustos.

ENR. Luis, tío...

GREG. ¡Lo mismo da! Oye. ¿Prefieres los huevos fritos á la tortilla de yerbas?

ENR. Sí, señor.

GREG. Es de familia. Que no tardes. (Vase.)

ESCENA XV.

ENRIQUE, luego TERESA y D. JACINTO.

ENR. Ya no es posible retroceder.

TERESA. Todo lo hemos escuchado.

JACINTO. ¡Todo!

ENR. Por consiguiente comprende usted nuestra situación?

JACINTO. La comprendo. ¡Un tío inflexible! Un sobrino comprometido... Una prima que quiere ser esposa. Una hija que es mi hija y que no puede ser mi hija. En fin, un lío de doscientos mil demonios.

ENR. Todo se arreglará en estos treinta días.

JACINTO. Bueno, ¿y cómo emprendemos el viaje?

ENR. Como usted comprende, yo no debo abandonar á mi mujer.

JACINTO. Es natural. Sin embargo, puede usted confiármela. Mi edad lo autoriza todo.

ENR. No importa. Estaría mal visto... Nada, nada. Los tres salimos juntos de Madrid. En la estación inmediata á los baños se detienen ustedes. Yo continúo solo y me presento á mi tío por la mañana. Ustedes llegan por la tarde. Ya tendré preparadas las habitaciones para estar muy cerquita de mi mujer. De este modo mi tío nada sospecha, y mientras toma sus duchas tranquilamente.

JACINTO. ¿Sus duchas? La verdadera ducha para el tío ya sé yo cuál es.

TERESA. ¿Cuál?

JACINTO. La que le prepara don Enrique. Ducha de impresión vertiginosa.

ENR. Usted pasará, como he dicho, por padre de Teresa.

JACINTO. ¿Se llama usted Teresa? Bonito nombre.

ENR. Procurará usted hacerse amigo de mi tío.

JACINTO. Eso es fácil.

ENR. Usted será... cualquier cosa...

TERESA. Un militar retirado.

ENR. ¡Eso es! capitán.

JACINTO. Hombre, hágame usted coronel siquiera.

ENR. Bueno. Ya lo es usted.

JACINTO. (Debí haber dicho general.)

TERESA. El coronel Jacinto.

ENR. No, mujer, llamémosle por su apellido.

JACINTO. Justo. El general Quincoces.

ENR. ¿General ó coronel?

JACINTO. Asciéndame usted ¿Qué trabajo le cuesta?

TERESA. ¡Sí, sí! general. Eso da mayor importancia.

ENR. Una vez en los baños. Teresa y mi prima se harán amigas. Usted, que tendrá un carácter muy francote y muy campechano, no se separará un momento de nosotros. Además, como usted está enfermo...

JACINTO. ¿Enfermo? ¡Quiá! ¡Soy una manzana!

ENR. ¿Entonces para qué va usted á los baños?

TERESA. ¿No recuerda usted que vamos á los baños?

JACINTO. ¡Ah! ya. Por eso estoy enfermo.

ENR. Usted padece una terrible afección á la garganta.

JACINTO. Si fuera al estómago, lo comprendo.

ENR. Y tiene usted tal aprensión, que no puede hallarse solo un momento.

TERESA. Yo le cuidaré á usted mucho. Le llamaré papaito.

JACINTO. ¡Ay qué gusto! Diga usted. ¿Me permitirá usted tratarla también con mimo?

ENR. Claro está. ¡Ea! Ya lo sabe usted, pasado mañana sa-

limos de Madrid.

TERESA. Arregle usted su equipaje.

JACINTO. Si es por el equipaje podemos salir esta noche. Hasta tengo gorra, porque yo debo ir de gorra.

ENR. Y ahora, adios. Mi tío me espera. Acompañe usted á mi mujer. Adios, Teresa mía. El cielo nos saque con bien de este enredo. (Vase.)

TERESA. Vamos, general.

JACINTO. (Ofreciéndola el brazo.) Andando, generala.

TERESA. Pues mire usted, formamos una buena pareja.

JACINTO. ¡Ya lo creo!

TERESA. Ensayemos nuestros papeles. ¿Has dormido bien, papá mío?

JACINTO. Como un lirón, pedacito de canela.

TERESA. ¿Cómo te encuentras hoy, papá de mi vida?

JACINTO. ¡Al pelo, zaragaterilla de mis entrañas!

TERESA. ¡Já, já, já!

JACINTO. (Creo que mi papel es el más comprometido de todos.) (Vánse.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Vestíbulo. En el centro de la escena un pastel ó puf. Gran puerta al fondo. Puertas en primer término á derecha é izquierda. Ventana en segundo término á la derecha. Escalera en el fondo que conduce á los pisos superiores.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE.

Mi impaciencia no me permite parar en ninguna parte. Dentro de poco llegará mi mujer. He mandado retener con el mayor sigilo las habitaciones que don Jacinto y mi esposa han de ocupar en este establecimiento. De este modo podré vigilarle de cerca para que desempeñe á la perfección su papel de general.

ESCENA II.

DICHO, CLARA y GREGORIO bajando por la escalera del fondo.

GREG. Pero chico, ¿dónde diablos te metes?

ENR. (¡El tío! ¡No me dejan en paz ni un momento!)

GREG. Nos llevas al salón de lectura y te escurres en cuanto empezamos á leer los periódicos.

ENR. Es que... hacía mucho calor allí arriba.

GREG. Tu prima te echaba ya de menos... ¿verdad?

Clara. La verdad es que no había reparado en su ausencia.

Enr. ¿Lo ve usted? No había reparado.

Greg. Pues te echaba de menos. Miraba á todas partes con aire inquieto, y como si buscase algo interesante. Y ese algo eras tú. Confiésalo, niña.

Enr. ¡Qué empeño!

Clara. ¡Si usted lo manda!

Greg. Pero señor, ¿por qué habeis de negar que se ha despertado vuestra simpatía y estrechado vuestro naciente amor? Niégalo si te através.

Enr. No negaré que mi prima es un ángel.

Clara. Ni yo que mi primo es un serafín.

Greg. ¡Ángeles y serafines! Ya estais en el quinto cielo.

Enr. (Ap.) (Pero sigo en mis trece. No me caso.)

Clara. (Id.) (Pero no me gusta para marido.)

Greg. ¿Eh? ¿Qué tal? Es un cariño inconsciente que estallará antes de tres días.

Enr. (¡Las tres. El coche no puede tardar.)

Greg. Por supuesto, que con estas aguas todo se desarrolla. ¡Si viérais qué nuevo vigor siento! Me parece que soy un chico de veinte años. ¡Hasta sería capaz de enamorarme de cualquiera!

Clara. (Paseando con cierta agitación.) (¿En dónde estará? ¿Qué hace?)

Enr. (Id.) (Las tres y siete minutos. ¡Ya no puede tardar!)

Greg. La vida en estos baños se dilata. (Paseando también.)

Enr. ¡Mucho!

Clara. ¡La sangre bulle!

Greg. ¿Que si bulle? ¡No hay más que mirarnos! Y eso que no nos hemos dado todavía la ducha.

ESCENA III.

DICHOS, y NARCISO sale por el foro derecha con un abrigo de señora en el brazo.

Narciso. ¿Se puede?

Greg. ¡Adentro! Es mi secretario. Pase usted, Narciso.

NARCISO. Clarita había olvidada su abrigo en el manantial del Minguirriturri... Ustedes dispensen si molesto.

GREG. ¡Ustedes dispensen!... Siempre con la maldita timidez...

NARCISO. ¿Eh?

GREG. Comprendo que en Ávila fuese usted corto de genio. Pero aquí... bebiendo agua sulfurosa, parece mentira.

NARCISO. ¡Sí, señor! Parece mentira.

GREG. Precisamente le he traído á usted con nosotros, no sólo para que me preste sus servicios como secretario, sino para que cambie esa enclenque naturaleza. Estoy cansado de verle á usted sonreir con aire inocente y pacato. ¡Ría usted fuerte! Ensanche usted ese pecho. Sea usted atrevido.

NARCISO. ¡Parece mentira!

GREG. ¡Já, já, já!... ¡Pobre joven!

ENR. (Creo que suenan los cascabeles.) (Se asoma á la ventana. Clara y Narciso, siempre que nadie les observa, se miran y sonrien como dos enamorados.) ¡Ah! ¡Ya está aquí!

GREG. ¿Quién?

ENR. El coche de la fonda. (He visto á mi mujer en la ventanilla.)

CLARA. (Yendo á la ventana.) ¡Vienen muchos viajeros!

ENR. (Empecemos la farsa.) Asómese usted, tío.

GREG. ¿Á ver, á ver? (Se asoma.)

ENR. Ya van á bajar. ¡Pero calle! ¡Sí! ¡No me engaño!... ¡Él es!

GREG. ¿Quién?

ENR. El general Quincoces. ¡Eh! (Llamando.) ¡General! ¡General!

GREG. No hace caso.

ENR. Es algo sordo. (Gritando.) ¡General!

GREG. Ya te ha visto.

ENR. ¡Felices! Suban ustedes.

GREG. Díme; ¿quién es esa joven tan guapa que le acompaña?

ENR. ¿Esa? Su hija.

GREG. (Gritando.) Suban ustedes al entresuelo.

ENR. ¡Bah! ¡Pues si es un amigo íntimo!

GREG. Preséntame. (Paseando coquetamente.)
ENR. Suba usted, mi general.
GREG. (Parece mentira cómo alegran estas aguas.)

ESCENA IV.

DICHOS, criados con maletas. Viajeros que los siguen por el foro y suben por la escalera. D. JACINTO y TERESA. Ambos con el traje empolvado. Sobre todo D. Jacinto.

JACINTO. Por aquí. Por aquí.
ENR. (Abrazando á Jacinto.) ¡Querido general!
JACINTO. ¡Amigo mío!
ENR. (Bajo.) Disimulo.
JACINTO. (Id.) Usté apriete, y déjeme á mí.
ENR. Señorita, tengo sumo gusto... (Á Teresa.)
TERESA. ¡Beso á usted la mano! (¡Esta es la primita! ¡Y estaban juntos!) (Á Jacinto)
JACINTO. Ya los separaremos.
ENR. ¡General!... ¡General!...
JACINTO. ¿Es á mí? (Siempre olvido mi gerarquía.)
ENR. Tengo el honor de presentar á usted á mi tío Gregorio, de quien le he hablado tantas veces.
JACINTO. ¿Cómo? ¿este tío es Gregorio?
GREG. El mismo.
JACINTO. Le conocía á usted hace años.
GREG. ¿De veras?
JACINTO. Su sobrino de usted no hablaba de otra cosa.
ENR. Mi prima Clara.
JACINTO. Muy bella.
GREG. ¿Por qué no dices mi futura?
ENR. (Tosiendo.) ¡Ejém! ¡ejém!
TERESA. ¡Ah! ¿Esta señorita es su futura? (La ahogaría.)
NARCISO. (Suspirando.) ¡Ah!
CLARA. ¡Sí, señora! Yo soy la...
ENR. (Á Jacinto.) Corte usted la conversación.
JACINTO. ¿Que la corte? (Danda un grito.) ¡Ah!
TODOS. ¿Qué?

JACINTO. (Á Enrique.) Ya está cortada. Siga usted.

ENR. ¡Qué sorpresa tan agradable es tropezar en los baños con un amigo!

GREG. (Pues señor, esta muchacha tiene mucho tilin.)

CAM. (Por el foro. Saca una bandeja con chocolate.) Caballero. (Á Jacinto.) Si quiere usted ver sus habitaciones. (Señalando el primer cuarto de la izquierda.)

JACINTO. ¡Sí! Vamos á ver las habitaciones. (Cogiendo de la bandeja el chocolate.)

CAM. Dispense usted. Esto es para el treinta y seis.

JACINTO. ¡Bueno! Que le suban otro. No hay prisa. (Vase el mozo.)

CAM. Es igual. Es igual.

GREG. ¿Y cuál de ustedes dos es el enfermo?

TERESA. Mi papá.

GREG. ¡Ah!

ENR. ¿Continúa usted siempre tan delicado?

JACINTO. ¡Mucho! Cada día más.

GREG. ¿Qué padece usted?

JACINTO. Debilidad crónica.

TERESA. Tiene la laringe deshecha.

JACINTO. Completamente.

GREG. Pues aquí va usted á curarse.

TERESA. ¡Ay, Dios lo quiera! ¡Si viera usted cómo sufro al verle así!

JACINTO. Sufrimos horriblemente.

TERESA. Pobrecito mío. (Sale el Camarero con otro chocolate.)

GREG. Conque diga usted Camarero.

CAM. Señorito...

GREG. ¿Las habitaciones del general?

CAM. Ahí enfrente. Asómense ustedes.

TERESA. Vamos á verlas. (Entra en la primera izquierda.)

JACINTO. (Cogiéndole el chocolate al Camarero.) Veánla ustedes.

CAM. Dispense usted. Es para el treinta y seis.

JACINTO. Que le suban otro. No hay prisa.

CAM. Es igual, es igual. (Vase.)

TERESA. Me agrada mucho. (Á Gregorio saliendo de la primera izquierda.)

GREG. Pues si viera usted lo que me agrada á mí la inquilina!

TERESA. ¿De veras? ¡Tiene gracia!

GREG. (¡Coquetea! Debo haberla flechado.)

TERESA. (Bueno es hacerse simpática á mi tío.)

GREG. Ya saben ustedes que esa habitación es suya. (Por la primera de la derecha.)

TERESA. Tomaremos juntas el agua. (Á Clara.)

CLARA. Pues ya lo creo.

GREG. ¡Sí! La tomaremos juntos. Y el baño también.

TERESA. Hasta luego.

GREG. Enrique, acompaña un rato á tu prima. (Ap. á Teresa.) No se separan un momento.

TERESA. ¡Hola!

ENR. (¡Aprieta!)

GREG. (Á Teresa.) ¡Uf! ¡Se aman con locura!

TERESA. (¡Ah, infame!)

ESCENA V.

DICHOS, el MÉDICO por el foro.

MEDICO. ¡Señores!...

GREG. ¡Ah! ¡Señor doctor! Le presento á usted al general Quincoces y á su hija, que acaban de llegar. El doctor del establecimiento.

MEDICO. ¡Oh! ¡Tengo sumo gusto!...

JACINTO. ¡Caballero!...

GREG. ¡Á ver si le cura usted esa garganta!

MEDICO. ¿Padece usted de la garganta?

JACINTO. Desde pequeño. (En mi vida tuve la menor cosa.)

MEDICO. ¡Demonio! Abra usted la boca.

JACINTO. Con permiso de usted. (La abre.)

MEDICO. (Sacando del bolsillo un mango pequeño de plata, con el que le sujeta la lengua. Don Jacinto dá varias arcadas.) Abra usted sin miedo. (Todos le miran la garganta.)

JACINTO. No puedo más.

MEDICO. ¡Malo, malo, malo!
TODOS. ¿Eh?
TERESA. ¿Es grave, señor doctor?
MEDICO. Grave precisamente no. Pero hay unas ulceritas de mala índole.
JACINTO. (¡Caracoles!) ¿Dice usted que hay úlceras? (¡Ah! ¡Vamos! Sin duda ha quedado algo del chocolate.)
MEDICO. Dentro de un rato pasaré á verlo á usted. Es preciso que empiece usted hoy mismo á medicinarse.
TERESA. ¡Sí, sí! No lo descuide usted.
MEDICO. ¿Le costará á usted trabajo la deglución?
JACINTO. ¡Uf! Hace ya muchos años que apenas trago.
MEDICO. ¿Lo ve usted? ¡Ea! Con permiso de ustedes... (*Vase por el foro derecha.*)
GREG. Adios, señor doctor.
TODOS. Hasta luego.
TERESA. Nosotros vamos á asearnos un poco.
GREG. Enrique: da el brazo á tu prima. Bajaremos al salón.
CLARA. (¡Qué manía!)
ENR. (¡Estoy seguro que se la llevan los diablos!)
TERESA. ¡Divertirse mucho!
ENR. (Yo me escurriré.) (*Vánse por el foro derecha.*)
GREG. (*Cogiendo el brazo de Narciso.*) ¡Parece mentira cómo desarrollan el vigor estas aguas!... ¿No siente usted más vida, más animación?
NARCISO. ¡Sí, señor! ¡Parece mentira!...
GREG. (Les dejo en el salón y vuelvo á explorar el campo.) Adios, general. (*Vánse por el foro derecha.*)
JACINTO. Beso á usted la mano.

ESCENA VI.

JACINTO y TERESA.

TERESA. ¡Esto es una iniquidad! ¡Una infamia! ¡Por eso no quería yo que viniese solo!...
JACINTO. ¡Calma! ¡Que pueden oir!.

TERESA. ¿Y qué me importa? ¿Cree usted que voy á tardar mucho en descubrir la farsa? ¡Hoy mismo tiene que descubrirse todo!

JACINTO. (¡Nada! ¡Se empeñó! Pierdo mis seis comidas.)

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUE *sale por el foro corriendo.*

ENR. Aprovechemos los instantes. Ahora no hay nadie por aquí. ¡Teresa! ¡Teresa mía!

JACINTO. ¡Aquí le tenemos!

ENR. ¡Esposa de mi alma!..

TERESA. ¡Quietecito!

JACINTO. Con permiso de usted voy á mi cuarto para...

TERESA. No, señor. No se marche usted.

ENR. ¿Pero qué es esto? ¿Qué tienes?

TERESA. ¡Dígale usted lo que tengo! ¡Dígaselo usted!

JACINTO. ¡Pues parece que tiene un dolor de prima agudísimo!

ENR. ¿Eh?

TERESA. Estarás muy contento á su lado ¡Nada! No lo niegues. Hasta tu tío me ha dicho que os amais con locura.

ENR. Mi tío no sabe lo que se pesca. ¿Amarnos? Pero si ni siquiera hemos simpatizado... Te juro que sólo pienso en tí; que mi prima me fastidia, que eres un ángel, y que en cuanto se convenza mi tío de mi indiferencia, le descubrimos nuestro enlace, y nos dará su bendición.

TERESA. ¡Enrique mío!

ENR. ¡Esposa de mi alma!

JACINTO. (*Que se fué al foro.*) ¡El tío sube!

ENR. No conviene que me sorprenda aquí.

TERESA. Vámonos al cuarto. (*Entran los tres por la izquierda y cierran.*)

ESCENA VIII.

GREGORIO por el foro derecha.

GREG. Los he dejado en el salón y subo á atisbar... (Mira á todas partes, y después por el ojo de la cerradura del cuarto de Teresa.) No veo nada. Parece mentira, cómo animan estas aguas. La muchacha es una perla. Y yo le soy simpático, lo he conocido. ¿Eh? Álguien viene. Desde mi cuarto observaré sin ser visto. (Entra en su cuarto por la primera derecha.)

ESCENA IX.

JACINTO.

JACINTO. (Abre poco á poco la puerta del cuarto y asoma la cabeza.) Creo que se ha marchado. Salga usted (Abre del todo la puerta, pero sale en este momento por el foro el Doctor, y la vuelve á cerrar.) No salga usted.

ESCENA X.

EL DOCTOR, luégo JACINTO.

DOCTOR. ¡Un general! Me conviene estar muy fino. (Llama al cuarto de Teresa.)

JACINTO. (Dentro.) ¿Quién?

DOCTOR. Si molesto volveré en otra ocasión.

JACINTO. (Asomando la cabeza.) ¡Ah! ¡El Doctor!

DOCTOR. Repito que si soy indiscreto ..

JACINTO. (¡No lo sabes tú bien!) (Saliendo á escena.) ¡De ningún modo!

DOCTOR. ¿Y la niña?

JACINTO. Descansando.

DOCTOR. Como estoy tan ocupado con mis enfermos, tengo que aprovechar la primera ocasión. Podiamos muy bien haber esperado á la consulta. Pero hasta las seis de

la tarde .. Por eso he preferido subir antes. Tengo empeño en atacar su padecimiento.

GREG. (¡Si por fortuna se quedase sola!) (Entreabriendo su puerta.)

JACINTO. ¡Ah! Usted quiere atacar... mi padecimiento.

DOCTOR. ¡Tengo gran interés en que salga usted bueno de mis manos!

JACINTO. (¡Este me asesina! ¡No hay remedio!)

DOCTOR. Conque si á usted le parece, voy á reconocerle á usted.

JACINTO. ¿Á reconocerme?

DOCTOR. Sí, venga usted á mi gabinete. Terminamos en breve.

JACINTO. ¿Y es necesario verificar ese reconocimiento?

DOCTOR. Es mi sistema. ¡De arriba á abajo!

JACINTO. De arriba... ¡Vamos allá! (De algun modo he de ganar mi sueldo.) (Vánse por la escalera del foro.)

ESCENA XI.

GREGORIO, luego TERESA.

GREG. (Saliendo de su cuarto.) ¿Se marcha con el médico? (Vá al foro á verlo.)

TERESA. (Saliendo.) ¡Phst! ¡Ya puedes salir!

GREG. ¡Se marchó! ¡Se marchó!

TERESA. (Cerrando la puerta.) ¡No salgas!

GREG. ¡Hola! ¿Es usted?

TERESA. ¡Sí, señor, sí!

GREG. ¡Qué casualidad! Precisamente subía yo á verles á ustedes.

TERESA. Dispense usted. ¡Está ese cuarto tan desarreglado!...

GREG. Siéntese usted aquí.

TERESA. Gracias. (Lo hacen.) (Hay que ganarse su voluntad á toda costa.)

GREG. Pues sí, efectivamente. (No sé como empezar.)

TERESA. ¿Y hace mucho que están ustedes en los baños?

GREG. Mi sobrina y yo llegamos ayer. Enrique esta mañana: un viaje de recreo. Lo hice por mi sobrino.

TERESA. Ah, sí. ¡El futuro de Clarita!

GREG. ¡Si viera usted cómo se adoran!

TERESA. ¡Y dále!

GREG. ¡Figúrese usted que Enrique creía permanecer indiferente al lado de su prima; pero quiá! ¡Ni por asomo!

TERESA. Cuénte usted, cuénte usted.

GREG. Yo les llamo Julita y Romero. No le digo á usted más

TERESA. ¿Tan poético es su amor?

GREG. ¡Pchst! Son dos chicos. Qué quiere usted. ¡Buscan las enramadas, las fuentes, los jardines... ¡Poesía! ¡Todo poesía!

ENR. (¡Habrá embustero!) (Entreabriendo la puerta.)

GREG. En cambio yo me fastidio, me aburro soberanamente.

TERESA. ¿Y cómo es eso? Usted, un hombre tan simpático, tan sociable, tan...

GREG. (Le parezco simpático.) Hasta hoy nada me ha llamado la atención.

TERESA. ¿Hasta hoy?

GREG. Pero desde hace media hora... (Me vá á plantar en la puerta.) Los baños han adquirido para mí nuevo encanto...

TERESA. ¡Hola!

GREG. Desde hace media hora, un ángel, un verdadero ángel ha caido en este valle, que antes era de lágrimas y ahora se convierte para mí en valle de esperanza y de ventura. (Yo sigo hasta que me eche.)

ENR. (¡Pues no la está enamorando!)

TERESA. ¿Y quién es ese ángel tan poderoso, que así transforma los valles, como alegra los corazones?

GREG. (Ánimo, valiente.) ¡Usted!

TERESA. ¿Yo? ¡já, já, já!

GREG. Usted es ese ángel, que nunca creí estuviese en la guía de forasteros.

TERESA. ¿Eh?

GREG. (Ya he dicho una barbaridad.) Que no conocía, quiero decir, entre los demás ángeles. ¡Pero no se incomode usted! No me mire con ojos traidores.

TERESA. ¿Incomodarme? Al contrario, esas lisonjas me conmueven.

GREG. (¡Es pan comido! ¡Y yo que temblaba como un nécio!) ¿De verás? ¡Seré tan feliz, que consiga conmover ese corazón sensible y franco!

TERESA. Eso sí. Usted lo ha dicho. Franco hasta la exageración.

GREG. ¡Ah, vecina, vecina! (La coge una mano.)

ENR. ¡Cáspita! (Cierra la puerta de golpe.)

GREG. (Volviendo la cabeza.) ¿Eh?

TERESA. (¡Torpe!) (Levantándcse.)

GREG. (Levantándose.) ¿Hay alguien ahí dentro?

TERESA. ¡Chist! ¡Es mí papá!

GREG. Su... ¡Señora, eso se dice antes!

TERESA. ¡No hay cuidado! ¡Oye poco!

GREG. ¡Lo supongo! ¡Cuando ya no me ha roto un hueso.) Pero... yo creí que se había marchado con el Médico.

TERESA. Fué á despedirle hasta la puerta, pero volvió por el pasillo. Ahora verá usted. (Alzando la voz.) ¿Duermes, papaito?

ENR. (Fingiendo la voz.) ¡Duermo! ¡duermo!

TERESA. ¿Oye usted?

GREG. Lo que oigo, es que está despierto.

TERESA. Continúe usted.

GREG. ¡No! Gracias! (¡Para que salga y me deslome!) Si usted me hubiese prevenido...

TERESA. Aguarde usted. (Acercándose á la alcoba.) Duerme papá, duerme.

GREG. (Pero, señor, si yo mismo le ví marcharse.)

TERESA. Déme usted el brazo y vamos en busca de Clarita. (Con eso podrá escapar mi marido.)

GREG. (¡Nunca creí tener tanto gancho!) Parecemos marido y mujer.

TERESA. ¡Qué locura!

GREG. ¡Andando!

ESCENA XII.

DICHOS, D. JACINTO baja por la escalera del foro.

JACINTO. Ese matasanos me ha examinado como si estuviera enfermo de muerte.
TERESA. (¡Ah!)
GREG. (¡Su padre!)
JACINTO. ¡Hola! ¿Eres-tú, muchacha?
TERESA. ¿Cómo? ¿Has dado la vuelta? (Maldito contratiempo.)
JACINTO. ¿La vuelta?
TERESA. ¡Justo! Por el pasillo. (Ap.) (Diga usted que estaba en la cama.)
JACINTO. Sí. Dí la vuelta por el pasillo desde la cama. (Porque estaría yo en la cama.)
GREG. ¡Diablo, diablo!
TERESA. Al oirnos hablar, digiste, me voy por la otra puerta.
JACINTO. Cabal. Me eché en la cama por la otra puerta. (Qué otra puerta será esta?)
TERESA. (Ap.) (No sea usted torpe.)
GREG. (Ya entiendo. Alguien hay escondido en su cuarto.)
TERESA. Y has querido sorprendernos al pie de la escalera.
JACINTO. Eso es. Bajé la escalera tendido en la cama.
GREG. ¡Un lío! ¡Yo lo averiguaré!
TERESA. ¿Qué llevas ahí?
JACINTO. La papeleta del médico. (Por un papel que lleva en la mano.)
GREG. (Es claro. Estaba en la consulta; yo mismo le ví subir.)
JACINTO. Dice que estoy muy malo.
TERESA. ¿Muy malo?
JACINTO. En fin: mira. Á las ocho, baño frío de treinta minutos. Pulverización directa. Seis cortadillos de la fuente Minguirriturri y tres duchas de chorro.
GREG. Hombre, lo mismo que yo.
JACINTO. ¡Ah! ¿Toma usted todo esto?
GREG. Todo.

JACINTO. ¿Y no ha reventado usted todavía?

GREG. ¿Reventar? ¡Al contrario! Pues si tengo un apetito atróz.

JACINTO. ¿Esto abre el apetito?

GREG. Ya lo creo.

JACINTO. ¡Voy á tomar una ducha!

GREG. (Daría cuanto tengo por averiguar quién estaba allí oculto.)

TERESA. ¡Sí, sí! Cuanto antes mejor. Este caballero hará el favor de acompañarte. (Así escapará mi marido.)

GREG. ¡Con mucho gusto! (Quiere alejarnos.)

JACINTO. Entonces hasta luego.

GREG. ¡Vamos, general! (Yo he de saber quien está allí.) (*Vánse por la escalera del foro.*)

ESCENA XIII.

TERESA, *luego* NARCISO.

TERESA. ¡Gracias á Dios! ¡He pasado un susto! (*Va al cuarto.*) ¡Pronto! Márchate! (*Narciso saliendo por el foro derecha.*)

NARCISO. No se moleste usted. Vuelvo enseguida. (*Figura hablar con alguien.*)

TERESA. ¡Aguarda! (*Vuelve á cerrar.*)

NARCISO. ¡Hola! ¿Es usted? Á los piés de usted. Venía por el abrigo de Clarita. Siempre le deja olvidado. ¿Se va descansando?

TERESA. Los viajes no me fatigan, y éste ha sido tan corto!

NARCISO. Á ~~mi prima~~ y á mí también nos pareció un relámpago! ¡Ah! ¡Qué trayecto tan feliz!

TERESA. ¿Eh? (Cualquiera diría... ¡Oh! ¡Qué sospecha! Veamos.) ¿Y es cierto que al fin se casan?

NARCISO. ¿Quién?

TERESA. Clarita y su primo.

NARCISO. Así parece.

TERESA. ¡Lo dice usted con un tono!... ¿Acaso ve usted con malos ojos este matrimonio?

NARCISO. ¿Yo?... No señora... Digo... ¡Caramba, qué penetración tiene usted!

TERESA. ¿Conque he adivinado? ¡Vamos! Hable usted con franqueza. Usted y Glarita se aman en secreto. (Se sientan.)

NARCISO. ¡Silencio, por Dios, Señora! Si el tío llegase á oir...

TERESA. Le advierto á usted que estoy dispuesta á protejer esos amores.

NARCISO. ¿Será posible? ¿Usted está dispuesta? Pues bien... ¿Á qué ocultarlo? Clara y yo nos amamos desde hace dos años.

TERESA. ¡Qué felicidad! ¡Ánimo! Clara será su esposa.

NARCISO. ¿De veras? ¡Ay, qué emoción tan extraordinaria! Pero y D. Enrique?

TERESA. ¡Bah!... Enrique no la ama.

NARCISO. ¿Es posible?

ESCENA XIV.

DIHHOS, GREGORIO bajando por el foro.

GREG. (Mientras el padre toma la ducha...)

NARCISO. ¡Me hace usted el más feliz de los hombres!

GREG. (¡Eh!) (Deteniéndose.)

NARCISO. Y no lo dude usted, señora! ¡Mi amor es grande! Es sublime!

GREG. (¡Caracoles!)

TERESA. ¡Ya lo sé! Silencio, por ahora. Es preciso que todo esto quede en el mayor misterio.

GREG. (¡Era Narciso!)

TERESA. ¡Que nada sospeche el tío!

NARCISO. ¡Qué ha de sospechar! Es muy cernícalo! Créalo usted.

GREG. (¡Hombre, qué gracia!)

TERESA. Corra usted al lado de Clarita, y mucho disimulo.

GREG. (¡Ah, trapalón! Ya te ajustaré yo la cuenta.) (Vase.)

NARCISO. Enseguida. ¡Qué felicidad! (Vase foro derecha.)

ESCENA XV.

TERESA y ENRIQUE.

TERESA. ¿Has oído? (Después de abrir la puerta de su cuarto para que salga Enrique.)

ENR. Todo. ¿Y era esa la futura que me destinaban?

TERESA. ¡La noticia es importante!

ENR. Como que favorece mucho nuestro plan.

TERESA. Voy á celebrar con ella una conferencia.

ENR. Corre. No conviene que nos sorprendan juntos.

TERESA. Hasta luego. (Vase foro izquierda.)

ESCENA XVI.

ENRIQUE, luego GREGORIO por el foro derecha.

ENR. ¿Digo, eh? ¿Si tendrá penetración mi tío? Afortunadamente su plan no podía de ningún modo realizarse.

GREG. ¿Eres tú? ¡Me alegro! ¡Si supieras! He descubierto una intriga tremenda.

ENR. ¿Cómo?

GREG. La hija de tu amigo tiene un novio á quien suele esconder en su cuarto cuando se halla sola.

ENR. ¿Está usted loco?

GREG. ¿Y á que no adivinas quién es el intruso?

ENR (La cosa es fácil. Yo.) ¿Quién? ¿Diga usted?

GREG. Mi secretario.

ENR. Su .. (¡Já, já, já!) ¿Conque el secretario? (De dónde habrá sacado esto.)

GREG. ¡Justo! Narciso, que ahora mismo la juraba aquí un amor eterno.

ENR. ¿Á quién?

GREG. ¿Á Teresa?

ENR. ¡Qué me cuenta usted!

GREG. Sin duda se amaban hace tiempo.

ENR. ¿Pero escuchó usted bien?

GREG. ¿Bien? Hasta me llamaron cernícalo. Conque figúrate si hablarían claro.

ENR. ¡Es verdad!

GREG. ¿Que soy un cernícalo?

ENR. No, señor.

GREG. Lo derecho es buscar al general.

ENR. (Aprieta.) ¿Para qué?

GREG. Para que no crea algún día que era yo cómplice de ese muñeco.

ENR. Dice usted bien. La cosa es delicada. ¡Já. já! (Vase por el foro izquierda.)

GREG. ¡Pobre viejo! ¡Mientras toma la ducha se la pegan como á un chino!

ESCENA XVII.

GREGORIO y JACINTO por el foro derecha.

JACINTO. ¡Uf! ¡Qué fria estaba el agua!

GREG. (Aquí está. Yo debo hablarle francamente.)

JACINTO. (El tío.)

GREG. Me alegro mucho encontrar á usted.

JACINTO. ¿Cómo es eso? ¿Usted me buscaba?

GREG. Sí, señor.

JACINTO. (Estemos en guardia.)

GREG. Tenía que hablar á usted de un asunto algo delicado.

JACINTO. ¿De qué se trata?

GREG. Como usted, yo he sido padre.

JACINTO. ¿Como yo? (Imposible.)

GREG. Y conozco los cuidados, los afanes que producen los hijos.

JACINTO. ¡No me hable usted de eso!

GREG. Usted los cría.

JACINTO. ¿Eh?

GREG. Los educa, los establece, y para nada tienen ellos en cuenta sus sacrificios.

JACINTO. Verdad.

GREG. ¡Qué no habrá usted padecido, antes de ver á su hija

convertida en mujer!

JACINTO. ¡Uf! Una cesantía interminable.

GREG. ¿Cómo?

JACINTO. ¡No! Quiero decir... que no tiene usted idea.

GREG. Usted, además, me ha sido hombre simpático.

JACINTO. Gracias. (*Ambos se sientan en una banqueta larga. Durante el diálogo. Gregorio se va acercando á Jacinto. Éste retrocede hasta quedar en la punta de la banqueta.*)

GREG. Y el alto puesto que ocupa usted en la milicia, merece también el mayor respeto.

JACINTO. ¡Ya usted ve! ¡General! (¡Qué viejo tan pesado!)

GREG. Carrera que quizá haya usted ganado paso á paso.

JACINTO. ¡No! Ascendí de golpe. Tuve esa suerte.

GREG. De todos modos, es necesario que sepa usted lo que pasa.

JACINTO. ¡Ea! Pues explíquese usted, y basta de preámbulo.

GREG. Hay un joven en estos baños que ama á su hija de usted.

JACINTO. (¡Demonio!) ¡Hola, hola!

GREG. Y su hija de usted le corresponde.

JACINTO. ¡Hola, hola, hola!

GREG. Y acabo de sorprenderle en su cuarto jurándola un eterno amor.

JACINTO. (No hay duda. Se refiere á don Enrique.) ¡Hola, hola, hola!

GREG. Y como este joven depende hasta cierto punto de mí.

JACINTO. (No lo dije.)

GREG. Mi deber, como indiqué antes, no me permite ocultar á usted semejante secreto.

JACINTO. ¡Hombre, hombre, hombre!...

GREG. Usted lo ignoraba, ¿eh?

JACINTO. (Parece que no está muy irritado.) Diré á usted: algo me había dado ya en la nariz.

GREG. ¡Ah!

JACINTO. (Si pudiera sondear con maña...) Y precisamente por la afinidad que con usted tiene ese joven no estaba yo muy tranquilo.

GREG. ¿Y por qué no?
JACINTO. Porque temía que se opusiera usted á este enlace. Porque quizá tuviese usted otros planes con respecto á la persona de que se trata.
GREG. ¡En efecto! confieso á usted que pensaba casarle con una muchacha menos linda que Teresa; pero tan buena y honrada como ella.
JACINTO. (¡Pues! ¡la primita!) Ya ve usted cómo mis temores eran fundados.
GREG. No obstante: tampoco pretendo violentar su corazón. Yo creí que á nadie amaba; pero toda vez que no es así, confesaré á usted que este partido le favorece mucho más que el otro.
JACINTO. (¿Qué escucho?)
GREG. Creo por lo tanto que debemos obligarles á descubrir su secreto, y... ¡allá veremos!...
JACINTO. (¡Oh, felicidad!)
GREG. Que se amen enhorabuena. Digo... si usted no se opone.
JACINTO. ¿Oponerme? ¡Qué disparate!
GREG. El chico es honrado, trabajador, y tiene mucho talento.
JACINTO. ¡Bah! Si le conozco tanto como usted.
GREG. En cuanto á sus bienes de fortuna...
JACINTO. No hablemos de eso.
GREG. Usted sabe que yo le protejo.
JACINTO. Repito que...
GREG. Y aun cuando supongo que su hija de usted llevaría un dote soberbio.
JACINTO. ¡Pchit! ¡Se hará lo que se pueda!
GREG. ¡Vamos! No se achique usted, general. (Gregorio empuja á Jacinto, y éste cae al suelo.) ¡Dispense usted! (Le ayuda á levantar.)
JACINTO. Achicarme. ¡Pues si estoy en este momento á veinte codos sobre el nivel del mar!
GREG. ¿Qué edad tiene la niña?
JACINTO. ¿Mi hija? No lo sé.

GREG. ¿Que no lo sabe usted?

JACINTO. ¡Sí! ¡Jé, je!... ¡Pues no he de saberlo!... (Cuántos años le cuelgo.) Está entre los diez y nueve y veinticuatro. (Así no me equivoco.)

GREG. ¡Justo! La edad crítica.

JACINTO. ¡La crítica!... ¡Si se lo estoy diciendo todos los días!

GREG. ¡Pues nada! ¡Á ello! ¡Qué diablo!

JACINTO. Á ello enseguida, don Gregorio. (En cuanto lo sepa don Enrique me coloca en Aduanas.)

GREG. (Es una boda soberbia para Narciso.)

ESCENA XVIII.

DICHOS y TERESA.

TERESA. ¿Pero qué hacen ustedes aquí tanto tiempo?

GREG. ¡Hola, Teresita! Precisamente llega usted en la mejor ocasión.

TERESA. ¿De qué se trata?

GREG. (Á Jacinto.) Dígaselo usted.

JACINTO. Allá voy.

GREG. Tratábamos de su porvenir de usted.

TERESA. ¿De mi porvenir?

GREG. ¿No es verdad, general?

JACINTO. Ahora verá usted. ¡Hola, hola, hola!... ¡Conque esas tenemos!... Ahora verá usted. ¿Conque engañábamos miserablemente á su papaito? (Ap. á Teresa.) Diga usted que sí.)

TERESA. ¿Cómo?

JACINTO. ¿Conque amábamos en secreto á un joven agraciado?

TERESA. ¿Yo?

JACINTO. (Ap.) (Diga usted que sí. Luego hablaremos.)

TERESA. (No entiendo.)

JACINTO. ¡Mírela usted, como una guinda! ¡Esto es que confiesa! (Ap.) (Confiese usted.)

TERESA. (¡En fin! Démosle gusto.) ¡Perdóname, papá! No he sido dueña de reprimir los impulsos de mi corazón.

JACINTO. ¡Hija de mi alma!

GREG. ¡Vamos! Abrace usted á su padre.

JACINTO. ¡Sí, hija mía! ¡Abrázame! ¡Aprieta más! ¡Ese caballero es de confianza! (Se abrazan.)

TERESA. (Ap. á Jacinto.) (¿Pero qué quiere decir esto?)

JACINTO. Que todo está arreglado.

GREG. ¡Me enternecen los cuadros de familia! (Limpiándose los ojos con el pañuelo.)

JACINTO. ¡Alegra ese rostro! ¡Ensancha ese corazón! Tu ventura no es un sueño. Os casareis en breve.

TERESA. ¿Que nos casaremos?

JACINTO. ¿No es eso lo que ambos deseábais?

TERESA. Sí, papá.

JACINTO. Ya lo ve usted. No nos niega nada. Es un ángel. Yo creo que debo hablar ahora con el otro.

GREG. Eso es lo que procede. Y dígale usted que cuente con mi consentimiento. (Los dos se hablan al oído.)

JACINTO. ¡Enseguida! ¡Hija de mi corazón! (Abrazándola.) Hija mía de... (Corre en busca de don Enrique. La noticia le volverá loco de júbilo.) (Vase.)

ESCENA XIX.

TERESA y GREGORIO.

TERESA. ¿Pero qué significa esto? ¿De qué joven hablan ustedes?

GREG. Vamos, vamos, basta de comedia y de fingimiento.

TERESA. (¿Qué dice?)

GREG. ¿Quién ha de ser? ¡El que usted ama! El que estaba hace poco oculto en su cuarto mientras los dos hablábamos.

TERESA. (¡Enrique!) ¿Será posible? Usted...

GREG. Yo lo sé todo. El bueno del general me ha confesado la verdad.

TERESA. ¡Cielos! ¿Y usted no se incomoda?

GREG. ¡De ningún modo! Aunque destinaba ese joven á otra? su boda con usted me satisface mucho más.

TERESA. ¡Oh, qué dicha! ¿Luego todo se lo ha contado á usted,

GREG. Absolutamente todo.

TERESA. Sabe usted ya que no es mi padre.
GREG. ¿Eh? ¿Que no es su padre de usted?
TERESA. ¡Bah! ¿No se lo ha dicho á usted?
GREG. (¡Caracoles!)
TERESA. ¡No señor! No es mi padre.
GREG. Pero... ¿lo sabe él?
TERESA. Naturalmente. Como que me ha hecho este favor.
GREG. ¿Cuál?
TERESA. ¡El favor de ser mi padre!
GREG. ¡Ah! ¿Es un padre de favor? (Entonces, quién será el padre por obligación.)
TERESA. ¡Como aquí sólo tratábamos de engañar á usted!
GREG. ¡Señorita!
TERESA. ¡Oh! ¡Un engaño inocente!...
GREG. (Pues me gusta la inocencia.)
TERESA. ¿Me guarda usted rencor?
GREG. ¡Quiá! ¡Ni por asomo!... (¡Corro á prevenirle! Aquí existe un lío que no le conviene.)
TERESA. ¿Se marcha usted?
GREG. ¡Vuelvo! ¡Vuelvo enseguida!
TERESA. Es decir, ¿que nos perdona usted? ¡Que nos absuelve!
GREG ¡Pues ya lo creo!
TERESA. ¡Oh! ¡Qué bueno es usted!
GREG. (¡No es hija de su padre!... Sabe Dios lo que querrá decir eso.) (Vase por la derecha.)

ESCENA XX.

TERESA, luego JACINTO y ENRIQUE por la izquierda.

TERESA. ¡Y mi marido que temía tanto su cólera! ¡Bah! ¡Es un hombre excelente!
JACINTO. Venga usted y abrace sin temor alguno á su costilla.
ENR. ¿Pero es verdad cuanto don Jacinto acaba de revelarme?
TERESA. ¡Pues ya lo creo!
ENR. ¡Mi tio consiente en que seas mi esposa!

TERESA. Yo misma lo he oído de sus lábios.
JACINTO. ¡Eh! ¿Qué tal?
ENR. ¿Pero cómo ha sido?
TERESA. Cuéntenos usted todos los pormenores.
JACINTO. Cuestión de diplomacia. Hay gentes que ocultan su talento y eso me pasa á mí.
ENR. Por supuesto, mi tío ignora aún que estamos casados.
JACINTO. No he creído prudente decírselo todo de una vez.
TERESA. Y ha hecho usted muy bien.
JACINTO. En otra sesión le daremos el jicarazo.
ENR. Vale usted cualquier cosa, don Jacinto.
JACINTO. De modo que puedo contar con el empleo.
ENR. En cuanto regresemos á Madrid habrá de dármelo el ministro, de grado ó por fuerza.
JACINTO. ¡Ya ve usted que sirvo para todo!

ESCENA XXI.

DICHOS, NARCISO y CLARA por la derecha.

CLARA. ¡Ven por aquí, amor mío!
ENR. ¡Ah, mi prima!... ¡Acércate! ¡Oye la gran noticia!
CLARA. ¿Qué noticia?
ENR. Nuestro tío me devuelve su palabra. Nuestro tío me da permiso para casarme con otra!
CLARA. ¿De veras?
NARCISO. (Cayendo medio desmayado de alegria en los brazos de D. Jacinto.) ¡Cielos!
JACINTO. ¿Qué le pasa á usted?
NARCISO. ¡Nada! Un vahido de placer.
JACINTO. ¿Cómo? ¿Se amaban ustedes?
NARCISO. ¡Hace mucho tiempo!
CLARA. Nos amábamos en secreto.
JACINTO. (¡Pero qué familia tan poco comunicativa es esta!)

ESCENA XXII.

DICHOS y GREGORIO por la izquierda.

GREG. (Allí está Narciso. Gracias á Dios que le encuentro.)

NARCISO. ¡Don Gregorio!

ENR. ¡Tío de mi alma! ¡Permítame usted que le abrace una y cien veces! ¡Qué bueno es usted, y cuánto le quiero! (Le abraza.)

GREG. Gracias, sobrino mío... (Por qué diablo estará tan expresivo.)

ENR. Es usted la crema de los parientes. ¡Otro abrazo!

GREG. (¡Y dale! Pues vaya una manía.) Un momento, Narciso.

NARCISO. Don Gregorio.

GREG. (Lo mejor es no no andarse por las ramas.) Acérquese usted.

NARCISO. ¿Qué desea usted?

GREG. Con permiso de ustedes. (Lo lleva aparte. Todos se acercan.) Yo no sé si le habrán dicho que desde hace poco estaba dispuesto á consentir que se casase usted con la mujer que ama.

NARCISO. ¡Gran Dios!

TODOS. ¿Eh?

CLARA. ¡Justo cielo!

GREG. Con permiso de ustedes. (Se aleja más. Todos le siguen.) Que conozco su secreto, y en fin, que no existe nada que yo no sepa.

CLARA. ¡Tío de mi alma! ¡Permítame usted que le abrace una y cien veces! (Le abraza.) ¡Qué bueno es usted y cuánto le quiero!

GREG. ¡Gracias! ¡Gracias! (Pero qué cariñosos están hoy mis sobrinos.) ¿Lo ignoraba usted?

NARCISO. Si, señor. ¡Lo ignoraba! Cómo iba yo á figurarme...

GREG. Creí que el general le habría insinuado á usted algo.

NARCISO. Algo me insinuó, si señor; pero no esperé que así, tan de repente! ¡Ay, don Gregorio! ¡Cuán dichoso soy en este momento! (*Abrazándole con gran efusión.*)

GREG. Poco á poco. Repito que estaba dispuesto á ello; pero amigo mío, debo confesarles á ustedes que he cambiado de oponión.

TODOS. ¿Cómo?

NARCISO. ¿Qué ha cambiado usted?

GREG. ¡Si! Lo declaro francamente.

NARCISO. ¿Pero por qué, vamos á ver?

CLARA. ¡Eso es! ¿Por qué?

GREG. ¿Quereis saberlo? Pues bien. No me gustan las retóricas ni las reticencias. Porque yo creía que la novia era hija de su padre, y desgraciadamente no es así.

CLARA. ¡Jesús!

NARCISO. (*Ap. á Clara.*) Qué oigo. ¿No eres hija de tu padre?

CLARA. Por lo visto.

GREG. Usted comprenderá que la cosa es grave.

NARCISO. ¿Pues de quién es hija entonces?

GREG. Eso es lo que este caballero va á hacer el favor de decirnos. (*Por Jacinto.*)

JACINTO. ¿Yo?

GREG. Usted debe saberlo. ¿Quién es su padre? Con franqueza.

JACINTO. ¡Yo qué sé!

GREG. (*Á Teresa.*) Dígamelo usted, señorita. ¿Quién es su padre?

TERESA. ¡Pero si yo no sé una palabra de esto!

ENR. ¡Tío, por Dios! ¡Vuelva usted en sí! ¿Quién ha de ser su padre? Usted sabe perfectamente que es hija de su hermano mayor.

GREG. ¡Hija de mi hermano!

CLARA. Eso también me figuraba yo.

GREG. ¿También tú te lo figurabas? ¡Hable usted, Milcoces! ¿Es cierto?

JACINTO. ¡Usted lo sabrá! ¡Qué empeño!

GREG. Debo advertir á usted que ella misma me ha confesado

que usted es un padre de favor.

JACINTO. ¿Clarita?

GREG. ¡No! Su hija de usted. Es decir: la que no es su hija.

JACINTO. ¿Cómo? ¿Teresa le ha revelado á usted?...

GREG. Cabal.

JACINTO. Pues si ella misma se lo ha dicho á usted, no debo ocultarlo.

GREG. Corriente. Y qué indicios existen para creer que Teresa sea hija de mi hermano?

JACINTO. ¿Teresa?

GREG. Hable usted.

JACINTO. ¿También Teresa? Su hermano de usted es padre de todo el mundo.

TERESA. Pero si no se trata de mí, don Gregorio.

GREG. ¿Cómo que no?

NARCISO. Se trata de Clara. Y yo me caso con ella, resulte hija de quien resulte.

GREG. ¿Pero qué dice este muñeco? ¿Que se casa usted con ella? ¿Pues y su primo?

JACINTO. ¡Bah! ¿Acaso no está usted enterado de toda la historia?

GREG. ¡General!

JACINTO. ¡Qué historia, general! De la historia de su matrimonio con Teresita.

GREG. ¿Qué oigo?

JACINTO. (Ya lo solté.)

NARCISO y CLARA. ¿Cómo?

GREG. ¿Su matrimonio? ¿Pero están casados?

ENR. ¿Pues no sabía usted que nos amábamos?

TERESA. Yo creí que lo sabía usted.

JACINTO. Todos creimos que lo sabía usted.

GREG. ¡Ah! ¡Ya entiendo! Habíamos amasado un complot para ponerme en ridículo? ¡Y usted! Un general! ¡Prestarse á semejante farsa!

JACINTO. ¡Pero si yo no soy general!

GREG. ¿Pues qué es usted?

JACINTO. Paisano.

GREG. Por manera, que mi señor sobrino...

JACINTO. Se casó en secreto con esta joven... que es encantadora.

GREG. ¡Y nada me ha dicho!

JACINTO. Entonces no hubiera habido secreto.

GREG. ¡Ah, tunante! ¡Y yo, nécio de mí, creyendo que se entendía con Narciso!

NARCISO. ¡Quiá, no señor! Con quien yo me entiendo es con esta. (Por Clara.) ¡Parece mentira!

GREG. ¡Parece mentira!... ¡Y tan tímido!...

JACINTO. De los tímidos es el reino de los cielos.

GREG. (Sentándose.) ¡Calle usted! ¡Todo el mundo se ha burlado de mí.

TERESA. (Acercándose) ¡Burlarnos de nuestro tío! ¡Imposible!

ENR. (Id.) ¡De nuestro tío, que es la delicadeza andando!

NARCISO. (Id.) ¡De nuestro tío, que es un hombre tan bueno!

JACINTO. (Id.) ¡De este tío, como no hay otro tío en el mundo! (Todos se arrodillan.)

TERESA. Dispuestos estamos á sufrir la penitencia que imponernos quiera.

ENR. Considere usted que trascurrido el mes de prueba me hubiese usted devuelto su palabra.

TERESA. Dice bien: usted no quería sacrificarlo!

GREG. ¡Es verdad! ¡No lo pensé nunca! Alce usted, Teresita. ¡Ya veo que es usted buena!

JACINTO. ¡Y guapa!

GREG. Eso lo ví mucho antes. Usted vale más que mi sobrino.

JACINTO. Como que es un retrato de su padre.

GREG. (Levantándose, y dejando caer á Narciso que se hallaba arrodillado delante.) ¡De qué padre!

JACINTO. ¡Ah, sí! Ya no me acordaba que perdí el título.

GREG. Hombre, lo que más me extraña de todo es una cosa.

JACINTO. Diga usted.

GREG. ¿Por qué se prestó usted á entrar en semejante conspiración?

JACINTO. Porque todo el que conspira sale colocado.

ENR. En cuanto lleguemos á Madrid tendrá usted su cre-

dencial.

CLARA. ¿Y nosotros nos casaremos, verdad, tío?

GREG. Muy renacuajo es; pero en fin, si le quieres...

CLARA. ¡Ya lo creo!

JACINTO. ¡Magnífico! se acabaron las duchas, y los baños y las inhalaciones...

GREG. ¿Pero esa afección á la garganta?...

JACINTO. No existe, amigo mío.

GREG. Y sin embargo, ha tomado usted... ¡Valor se necesita! Já, já, já.

JACINTO. ¡No! Lo que se necesita es estar cesante. Creálo usted.

TERESA. (Al público.) Ya que con dulce clemencia
el tío nos trata así,
á invocar voy yo de tí
una absoluta indulgencia!
¡Grande ha de ser la piedad,
y la imploro resignada!
Con una simple palmada
nos absuelve tu bondad.

FIN DEL JUGUETE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡No me siga usted!	Comedia en un acto.
El viejo Telémaco	Zarzuela en dos actos.
Sensitiva	Zarzuela en dos actos.
El violinista	Zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero!	Zarzuela en un acto.
La vida en un tris	Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo	Comedia en un acto.
Descarga de artilleria	Comedia en un acto.
Por huir del vecino	Juguete cómico en un acto.
Pirlimpimpin 1.°	Zarzuela bufo-fantástica en 2 actos.
Lola	Zarzuela en dos actos.
Se dan casos	Zarzuela en un acto.
Un nuevo Quintiliano	Comedia en un acto.
La copa de plata	Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo	Juguete cómico en dos actos.
Fausto	Parodia en dos actos (de la óp.)
La casa de locos	Zarzuela en un acto.
Dar en el blanco	Comedia en tres actos.
Me es igual	Juguete cómico en un acto.
El forastero	Juguete cómico en tres actos.
El fogon y el ministerio	Juguete cómico en un acto.
Valiente amigo!	Juguete en dos actos.
La ley del mundo	Comedia en tres actos.
Las cerezas	Juguete cómico en tres actos.
Compuesto y sin novia	Zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya	Juguete cómico en tres actos.
La dulce alianza	Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año	Revista en un acto.
Los dominós blancos	Comedia en tres actos.
El año sin juicio	Revista.
Cambiar de colores	Comedia en un acto.
El doctor Ox	Zarzuela en 3 actos y 6 cuadros.
Los Madriles	Zarzuela en dos actos.
Amapola	Zarzuela cómica en tres actos.
El Chiquitin de la casa	Comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo	Zarzuela en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo	Revista en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá	Revista en un acto.
El dinero en la mano	Comedia en dos actos.
El caballo blanco	Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos	Zarzuela en dos actos.

LAS DOS PRINCESAS.	Zarzuela en tres actos.
DIMES Y DIRETES.	Juguete cómico en un acto.
EL PAÑUELO DE YERBAS.	Zarzuela cómica en dos actos.
ÓDIEME USTED, CABALLERO! . . .	Juguete cómico en dos actos.
DOS HUÉRFANAS.	Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡YA SOMOS TRES!!.	Juguete cómico-lírico en un acto.
¡A SANGRE Y FUEGO!	Juguete cómico-lírico en un acto.
EL CORREGIDOR DE ALMAGRO. . .	Zarzuela cómica en tres actos.
¡AQUÍ, LEON!	Juguete lírico en un acto.
EL ESPEJO.	Comedia en tres actos.
ARMAS AL HOMBRO.	Juguete cómico-lírico en un acto.
¡EH! ¡Á LA PLAZA!	Revista en un acto.
LIBRE Y SIN COSTAS.	Juguete cómico en un acto.
LAS TRES JAQUECAS.	Comedia en tres actos.
VIAJE Á SUIZA.	Veraneo cómico-lírico en tres actos.
EL PAIS DE LAS GANGAS.	Revista en un acto.
LAS MIL Y UNA NOCHES.	Cuento fantástico en tres actos.
CURARSE EN SALUD.	Proverbio en dos actos.
LA MISA DEL GALLO.	Apropósito cómico-lírico en un acto.
ELLOS Y NOSOTROS.	Cuadro cómico-lírico en un acto.
MADRID—ZARAGOZA—ALICANTE. . .	Juguete cómico en un acto.
LA TABERNA...	Melodrama en tres actos.
LA COLA DEL GATO.	Comedia de mágia en tres actos.
PARA CASA DE LOS PADRES. . . .	Juguete cómico-lírico en un acto.
VESTIRSE DE LARGO.	Juguete en un acto.
LA DUCHA	Juguete cómico en tres actos.
LA FERIA DE SAN LORENZO.	Zarzuela cómica en tres actos.
AGUA y CUERNOS.	Apropósito en un acto.
EL MILAGRO DE LA VÍRGEN. . . ,	Zarzuela en tres actos.
LOS FUSILEROS	Zarzuela en tres actos.
LA DIVA.	Zarzuela en un acto y dos cuadros.
NINICHE.. . . ,.	Opereta cómica en dos actos.
MÚSICA! ¡MÚSICA!	Opereta en un acto.
CASTILLOS EN EL AIRE.	Zarzuela en dos actos.
LA VIDA MADRILEÑA	Zarzuela en un acto y dos cuadros.
JUEGOS ICARIOS	Zarzuela cómica en un acto.
Á CASA CON MI PAPÁ	Comedia en tres actos.
EL TEATRO NUEVO.	Pasillo en un acto.
LA FIESTA DE LA GRAN VÍA. .	Revista cómica-lírica-teatral.
YO Y MI MAMÁ.	Apropósito en un acto.
TIPLE EN PUERTA.	Juguete cómico-lírico en un acto.
20 CÉNTIMOS.	Juguete cómico en tres actos.
AGUAS AZOTADAS.	Juguete cómico-lírico en un acto.
MAM'ZELLE NITOUCHE.	Zarzuela en dos actos.

Hombs	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	»	De Madrid á Sibcria	1	D. Labra y Fano y Sedó	L. y 1[2 M
»	»	Despacho parroquial	1	Sres. Labra, Caldeiro y A. Llanos	L. y 1[2 M
»	»	Dos inválidos	1	D. Angel Rubio	M
»	»	El canario más sonoro	1	Tomás Reig	M.
»	»	El cosechero de Arganda	1	Angel Rubio	M
»	»	El club de las Magdalenas	1	Javier Gaztambide	1[2 M.
»	»	El golpe de gracia	1	Francisco Sedó	1[2 M.
»	»	El gorro frigio	1	Limendoux y Lucio	L.
»	»	El milano	1	Sres. Estremera y Brull	L. y M.
»	»	El pájaro pinto	1	D. Apolinar Brull	M.
»	»	El quinto cielo	1	J. Pérez Zúñiga	1[2 L y 1[2 M.
»	»	El sargento Boquerones	1	Manuel Cuartero	L.
»	»	El sobrino de su tío	1	Antonio Llanos	M
»	»	El trompeta del Archiduque	1	Javier Gaztambide	M
»	»	En corral ageno	1	J. R. y Menduiña y T. Reig	L. y M.
»	»	En el ambigú	1	Rubio y T. F. Grajal	M.
»	»	En la plaza de Oriente	1	Apolinar Brull	M.
»	»	Escuela Modelo	1	Prieto, Barberá y Jiménez.	L. y M.
»	»	Esta casa es muy de ustedes	1	Angel Rubio	M
»	»	Exposición universal	1	P. Dominguez y Chapí.	L. y M.
7	8 c	Horchata de chufas	1	M. Barranco y Francisco A. Barbieri	L. y M.
»	»	La Beneficiada	1	Sres. F. Irayzoz y A. Brull	L. y M.
»	»	La casaca	1	D. Angel Rubio	M.
»	»	La cruz blanca	1	Apolinar Brull	M.
»	»	La féria de Sevilla	1	Tomás G. Yañez	M.
»	»	La mujer del prójimo	1	Alfonso y Cortina	L. y M.
»	»	La niñera	1	Javier Gaztambide	M.
»	»	La nueva Diana	1	Apolinar Brull	1[2 M.
»	»	La verdad desnuda	1	Apolinar Brull	M.
»	»	Las provincias	1	Sres. Lastra, Ruesga y Prieto.	L.
»	»	Las toreras	1	Tomás Reig	M.
»	»	Las virtuosas	1	Monasterio y Brull	L. y M.
»	»	Lección conyugal	1	Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	Lo que vá de ayer á hoy	1	Ángel Rúbio	M.
»	»	Los conspiradores	1	D. Javier Gaztambide	M.
»	»	Los duros falsos	1	C. Santamarina	M.
»	»	Los de Cuba	1	Sres. Rubio y Marin	M.
»	»	Los madrugadores	1	Usúa y Rubio	L. y M.
»	»	Lucifer	1	Delgado y Brull	L. y M.
»	»	Nina	1	Criado, Cocat y A. Rubio	L. y M.
»	»	Noche de féria	1	D. Ruperto Chapí	M.
»	»	No más ciegos	1	Javier Gaztambide	M.
»	»	Pepa, Pepe y Pepín	1	Angel Rubio	M.
»	»	Percances matrimoniales	1	Tomás G. Yañez	M.
»	»	Plan de estudios	1	Tomás Reig	
»	»	Procedente de empeños	1	Sres. Flores García y T Reig.	M y 1[2 L
»	»	Quedarse in albis	1	Cocat y Criado	L.
2	1	¡Qué marido y qué mujer!	1	F. de P. Huertas	L.
3	3	Quid pro quo	1	José Usúa	L.
»	»	Sala de armas	1	C. Navarro y Caravantes	M. y 1[2 L
»	»	Seguir la pista	1	Antonio Llanos	M.
»	»	Soltero y mártir	1	Sres. Casañ y L. Mariani	M. y 1[2 L
»	»	Timos conyugales	1	Gabriel Merino	L.
»	»	¡Tío, yo no he sido!	1	Sres. F. Pérez y A. Rubio	L. y M.
»	»	Una herencia me salvó	1	Clavero y E Broca	L. y M.
»	»	¡Viajeros, al tren!	1	D. Tomás Reig	M.
»	»	Zaragoza	1	Angel Rubio	M.
»	»	Entre locos	2	Javier Gaztambide	L. y M.
»	»	Nanón	2	Tomás Reig	1[2 M.
»	»	Una samana en Madrid	2	Tomás G Yañez	M.
»	»	Cármen	3	Rafael María Liern	L.
»	»	Walter	3	Javier Gaztambide	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín,* Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía,* calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano,* calle de San Martín, 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría,* Plaza del Ángel, 12; y de *González é hijos,* Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administración.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné,* 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior,* rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA: *Cav. Ermete Novelli.*

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.